



Cartas
de
seducción

Janelle Denison

elit

Cartas de seducción

Janelle Denison

Sinopsis

CUANDO AQUELLA MUJER ERA MALA, ¡ERA LA MEJOR!

Después de años locamente enamorada de su jefe, la secretaria Melodie Turner había decidido hacer algo por fin. Quizá el detective privado Cole Sommers fuera capaz de resistirse a su nuevo peinado o a la lencería sexy, pero pronto se vería afectado por una serie de cartas eróticas...

Cole Sommers tenía más casos de los que podía resolver y sin embargo no podía pensar en otra cosa que no fuera en llevarse a la cama a su secretaria. Pero Cole había prometido protegerla de todo... incluso de sí mismo. Lo que no había previsto era perder el corazón en la lucha.

Dedico este libro a todas las «buenas chicas» que se han arriesgado, han seducido al hombre de sus sueños... y han vivido felices para siempre.

Y a Don, por permitir que esta buena chica pudiera conquistarlo. Tú eres el hombre de mis sueños.

Janelle Denison

Capítulo 1

—Necesito una mujer.

—Y que lo digas. Si hicieras el amor de vez en cuando, tal vez no estuvieras tan tenso después en la oficina.

Cole Sommers miró a su hermano menor con condescendencia desde el otro lado de su escritorio de roble.

—Muy gracioso, Noah. Eres muy divertido.

Noah rió a pesar de que el tono de Cole no era precisamente humorístico.

—Es verdad. El sexo hace maravillas con los hombres. Fíjate en mí, por ejemplo. Siempre estoy de muy buen humor —declaró, con un brillo de satisfacción en sus ojos azules—. Y, a juzgar por la actitud que mantienes últimamente, yo diría que hace mucho que no descargas tu energía.

Cole gruñó, se recostó en su asiento e intentó descargar la tensión de sus hombros, en muda aceptación de que, efectivamente, estaba muy estresado. Sin embargo, no sabía si su situación era resultado de la falta de sexo o más bien de unas relaciones sexuales frustrantes.

La última relación pasajera que había mantenido, seis meses antes, lo había dejado con una sensación de vacío emocional. Desde entonces había empezado a ser mucho más exigente en sus citas y encuentros amorosos, lo que limitaba el campo de mujeres a un porcentaje muy pequeño y lo condenaba al celibato y a estar más irritable de lo normal.

Pero sin una mujer que lo esclavizara, podía concentrarse totalmente en el verdadero amor de su vida: su empresa. Y Sommers

Investigative Specialists resultaba tan exigente que ocupaba todos sus días y todas sus noches.

—Estás muy callado. ¿Quiere eso decir que he acertado? — preguntó Noah.

—No. Amarlas y dejarlas es tu norma, no la mía.

—Cierto. Tú ni siquiera te acuestas con ellas —declaró su hermano, mientras cruzaba las manos detrás de la cabeza—. Ese es el problema, Cole. Para ti, el trabajo es más importante que el placer. Siempre ha sido así.

—He tenido bastantes relaciones.

Sin embargo, Noah tenía razón. Había estado centrado en su trabajo desde muy joven, aunque no se quejaba por ello. Le gustaba su profesión y a los treinta y tres años se había resignado a continuar con su vida de soltero. Sobre todo, tras el amargo divorcio de sus padres, la trágica muerte de su madre y el fallecimiento posterior de un hombre que para él siempre había sido su héroe personal.

Miró la fotografía de su padre, que presidía el despacho. En ella aparecía vestido con su uniforme de policía, con un joven Cole, apenas un quinceañero, a su lado. Años después su padre había muerto de un disparo mientras cumplía con su deber, y la vida de Cole había cambiado de un modo que jamás habría imaginado.

El estricto código de trabajo de Cole se derivaba del instinto de protección, no solo de sí mismo, sino también de sus hermanos pequeños. Pero a pesar de las responsabilidades que había asumido, no se arrepentía de las decisiones que había tomado. Le gustaba pensar que el pasado lo había hecho más fuerte y mejor, aunque no tuviera una vida sexual tan activa como Noah.

—Por si no lo recuerdas, tuve que empezar a cuidar de la familia a los veintiún años —le dijo a Noah—. No tuve ocasión de divertirme demasiado.

El recordatorio de la muerte de su padre bastó para que Noah cambiara de actitud.

—Hiciste un gran trabajo conmigo y con Joelle. Y te has pasado diez años trabajando en esta empresa hasta convertirla en una agencia de investigación muy respetada. De hecho, todos tenemos un trabajo bien remunerado gracias a ti. Pero precisamente por eso, tal vez haya llegado el momento de que te diviertas un poco.

Cole sonrió con ironía.

—¿Es que vas a insistir todo el tiempo con lo mismo?

—Divertirse es una forma excelente de acabar con el estrés. Hagamos una apuesta. ¿Qué te juegas a que vivo más años que tú?

—¿Por la cantidad de relaciones sexuales que mantienes?

Noah sonrió.

—Cole, te lo digo en serio. Deberías disfrutar de la vida.

—¿No te importaría que dejáramos mi vida sexual para otro momento?

—Querrás decir tu inexistente vida sexual...

—Gracias por recordármelo. Repetidamente.

—Eh, vamos, somos hermanos. Me has cuidado durante muchos años y ahora quiero devolverte el favor.

—Preferiría que retomáramos la conversación original.

—Claro —dijo Noah, adoptando una actitud supuestamente seria—. Veamos... Necesitas una mujer y quieres que te encuentre una. ¿No es así?

Cole se encogió cuando su secretaria, Melodie Turner, entró en el despacho de repente, justo a tiempo de oír el comentario de Noah. Sus profundos ojos marrones lo miraron con sorpresa y curiosidad. Pero también de un modo tan femenino que se estremeció.

Maldijo a su hermano por haberlo hecho pensar en el sexo. Vestida con un conservador traje de color azul marino y con el pelo recogido en un moño, su remilgada y seria secretaria era la última mujer del mundo que podía inspirar pensamientos lascivos. O, al menos, había intentado convencerse de ello durante los últimos meses.

En realidad era bastante atractiva, pero no se parecía nada a las mujeres que siempre le habían gustado. Resultaba demasiado dulce, demasiado inocente, demasiado maternal. Era una de esas mujeres que querían dos o tres hijos, un perro y una casa en un buen barrio.

Pero Cole no tenía intención alguna de esclavizarse a algo así, sobre todo después de haberse visto obligado a criar a su hermano y a su hermana. Adoraba ser libre, ir y venir cuando quisiera, quedarse en el despacho hasta que le apeteciera, sin más responsabilidades que las que él mismo decidiera asumir.

Pero si su credo no hubiera sido suficiente para alejarlo de Melodie, habría bastado con el hecho de que la había contratado dos años antes para hacer un favor a un amigo. Melodie era la única hija de Richard Turner, que había sido sargento de su padre y que había cuidado de él tras su muerte. El hombre estaba muy agradecido de que la hubiera contratado para trabajar en la agencia, sobre todo porque respetaba a Cole y confiaba plenamente en él.

Intentó recordárselo mientras se decía que a Richard no le haría gracia saber que de vez en cuando se divertía con la fantasía de quitarle a Melodie la ropa, porque estaba convencido de que bajo aquellas prendas se ocultaba un cuerpo perfecto. Quería saber si sus senos eran tan grandes y bellos como imaginaba, y sus piernas tan largas como sospechaba. Quería saber si usaba ropa interior de algodón o de encaje.

Noah carraspeó y Cole volvió a la realidad, disgustado consigo mismo por haberse excitado al pensar en su secretaria. Hasta pensó que su hermano tenía razón. Tal vez debía aceptar el consejo de su hermano y divertirse un poco, especialmente porque en los últimos tiempos no conseguía sacarse a Melodie de la cabeza.

Había dejado la puerta abierta porque no pensaba que su conversación con Noah pudiera ser de carácter privado. Además, Melodie estaba presente muy a menudo cuando debatía sobre algún caso confidencial con su hermano o con Joelle. Su secretaria era una

profesional excelente, que conocía muy bien su trabajo.

Intentó recordárselo y no fijarse demasiado en su presencia cuando cruzó la habitación para sacar unos documentos del archivo. Supuso que se familiarizaría rápidamente con el caso Russell. En cuanto concluyera su conversación con Noah, tenía intención de darle a Melodie el contrato y la declaración inicial de Elena Russell para que pudiera realizar el informe previo a la investigación.

—Deja que te dé los detalles del caso para que no saques conclusiones apresuradas —le dijo a su hermano—. Mi cliente, Elena Russell, es dueña de un establecimiento en Pacific Heights que se dedica sobre todo a vender joyas antiguas y objetos de coleccionista.

—¿Pacific Heights? —preguntó Noah—. Es una parte interesante de la ciudad... ¿Qué razón podría tener una mujer obviamente rica como ella para contratar a una agencia mediana como la nuestra?

Cole le había realizado la misma pregunta a su cliente.

—Busca a alguien que no pertenezca a su círculo social, porque quiere asegurarse de que la investigación se mantenga tan en secreto como sea posible.

—¿Le has dicho que precisamente por eso nos llaman detectives privados? —preguntó con ironía.

—Si quiere tirar el dinero, ¿quién soy yo para evitarlo? —se preguntó Cole.

—Es cierto. ¿Y cómo se llama la tienda?

—Herigate Estáte Sales. Al parecer, a lo largo de los años se ha hecho con un grupo muy selecto de clientes y con una gran reputación profesional, que ahora está en peligro.

—¿Es que alguien intenta arruinar su reputación?

—En efecto. Se trata de su ex amante, Jerry Thornton, un magnate. Según Elena, Jerry le regaló un antiguo anillo de diamantes que estaba valorado en veinte mil dólares. Cuando su relación terminó, le pidió que se lo devolviera. Elena dijo que era un regalo y Jerry afirma ahora que ella lo robó de su colección y la ha

denunciado. Además, ha extendido el rumor de que es una ladrona, lo que naturalmente ha afectado a su reputación.

—Tal vez robara realmente el anillo...

—Tal vez. Pero nuestra cliente afirma que existe una carta personal de Jerry en la que se dice que era un regalo y que quería que lo tuviera siempre como recordatorio de su amor.

—Un tipo romántico, ¿eh? —se burló Noah.

—Sus cartas no eran románticas en un sentido clásico. Al parecer, tenían la costumbre de escribirse cartas muy explícitas y la afirmación sobre el anillo aparece en una de ellas.

—Pero supongo que no tiene la carta a mano...

—No, y necesita recuperarla para demostrar su inocencia.

En aquel momento, Melodie se acercó a Cole con el archivo del caso Russell. Cole lo recogió, intentando no mirarla, pero rozó su brazo sin pretenderlo y sintió un intenso deseo.

—Elena dice que la carta está en la mansión de Thornton, guardada en una caja tapizada en cuero que le regaló el día de su cumpleaños. La última vez que la vio, se encontraba en la biblioteca.

—¿Y pretende que entres en la casa y la recuperes?

—No pretende que entre como un ladrón. Dentro de dos semanas, Thornton va a organizar una subasta y ella ha conseguido dos entradas. Obviamente, ella no sería bienvenida, pero a mí me daría una excusa perfecta para entrar en la casa y buscar la carta.

Noah se encogió de hombros.

—Suena fácil.

Cole pensó que su hermano tenía razón. Por desgracia, la segunda petición de Elena Russell no era tan sencilla.

—Hay un problema. Debemos encontrar a una mujer refinada y con experiencia que pueda hacerse pasar por mi sexy acompañante mientras estoy en la casa. Será una cita de una noche, claro está, sin más relación que la exclusivamente profesional —explicó Cole—. Como las cartas de Elena eran muy explícitas, se sentiría más cómoda

si la leyera una mujer en lugar de un hombre.

—Ahora comprendo...

—Como conoces a muchas mujeres, pensé que podrías ayudarme. Pero si es posible, preferiría que no sea una completa estúpida.

—De modo que quieres una mujer muy sexy, especialmente bella y además inteligente —dijo Noah, con una sonrisa—. ¿No te parece que pides mucho?

Cole miró por encima de su hermano y vio que Melodie se había detenido junto a la puerta. Obviamente, había escuchado la conversación que mantenían. Sus miradas se encontraron, y la secretaria se humedeció los labios con la lengua, en un gesto en extremo sensual.

—¿Necesitas algo? —preguntó Cole.

En aquel momento sonó el teléfono de recepción, pero ella no se marchó. Se limitó a clavarle sus bellos ojos marrones.

—El teléfono está sonando... —acertó a decir él.

Entonces, Melodie se dio la vuelta y se marchó.

—Esa mujer te está afectando, Cole —dijo Noah, de repente.

—¿Cómo? No digas tonterías. Es como una hermana para mí.

Noah rió.

—Bueno, pues te garantizo que tú no eres como un hermano para ella.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es que no te has dado cuenta? Por Dios. Para ser detective privado, puedes ser muy corto en ocasiones.

—¿De qué me tengo que dar cuenta? —preguntó.

—Por dónde empezar... Veamos. Mel llega pronto, se queda hasta tarde y hasta te trae comida cuando no puedes salir. Te recoge la ropa en la lavandería, hace encargos personales para ti y se encuentra a tu disposición diez horas al día. No me digas que no es obvio. En cuanto a la mujer que buscas, intentaré encontrarte a una que sea adecuada.

—Gracias —murmuró Cole.

Noah salió del despacho y Cole permaneció allí, pensando en lo que acababa de escuchar. No podía creer que no se hubiera dado cuenta de lo que sentía Melodie.

Sin embargo, no estaba dispuesto, de ninguna forma, a mantener una relación con la hija de Richard Turner.

Capítulo 2

Melodie pensó que si Cole estaba buscando una mujer, ella era la más adecuada en todos los aspectos que pudiera imaginar. Aunque se tratara de algo personal. Pero debía encontrar la forma de convencerlo, y eso no sería fácil.

El atractivo e impresionante Cole Sommers había formado parte de sus sueños y fantasías desde hacía más tiempo del que podía recordar. Lo conoció cuando ella solo tenía dieciséis años, la noche anterior a que muriera el padre del detective privado, John Sommers. Aún recordaba el estremecimiento que había sentido cuando la miró por primera vez con aquellos ojos azules, y el deseo que la dominó al oír su voz profunda y suave.

Doce años más tarde, aún tenía el mismo efecto en ella. Y Melodie quería ser mucho más que su eficaz y leal secretaria.

No pretendía únicamente que la mirara como mujer. También se había pasado dos años intentando demostrarle que su capacidad profesional superaba con mucho la del puesto de secretaria. Se había involucrado en varios casos desde el principio, y había ayudado mucho a Cole y a Noah en las investigaciones. Ahora, estaba preparada para dar un paso más. Justo en aquel instante, Noah entró en la zona de recepción.

—Mañana estaré afuera casi todo el día —dijo él—, de modo que llámame por teléfono si me necesitas para algo.

Ella sonrió. Noah siempre le había caído bien. Era uno de aquellos hombres que gustaban a casi todas las mujeres, aunque Melodie solo tuviera ojos para su hermano.

—Lo haré.

—Son casi las cinco y media. ¿Por qué no te marchas? Necesitas descansar un poco. Hasta Joelle disfruta de los beneficios de marcharse a su hora.

—Sí, pero a Joelle le espera un marido y un hogar cuando vuelve a casa.

—No me digas que no hay ningún hombre que suspire por ti... —dijo, con sorpresa fingida.

—No exactamente.

—Pues no vas a encontrar a tu príncipe azul si permaneces en la oficina.

Melodie parpadeó. No sabía si aquello era una advertencia sutil sobre Cole.

—Bueno, da igual —continuó él, con una sonrisa—. Hagas lo que hagas, que tengas una buena tarde, dulce Melodie...

Noah se marchó y ella lo maldijo por haber dicho que era dulce. Estaba harta de que la consideraran dulce. Le gustaba ser cortés y educada en los momentos oportunos, pero empezaba a comprender que no ganaría nada con los hombres si mantenía una actitud simplemente amable. Siempre había sido prudente y modesta. En consecuencia, su vida sentimental era tediosa, aburrida y previsible.

Estaba cansada de ser buena y de hacer siempre lo correcto. Tenía veintiocho años y no se estaba divirtiendo. Todo lo contrario, parecía destinada a convertirse en una solitaria si no encontraba el coraje necesario para actuar y cambiaba su forma de vida.

Deseaba a Cole Sommers y deseaba demostrarle todo lo que había aprendido a lo largo de los años. Ahora tenía la oportunidad que había estado esperando. Tal vez no fuera una belleza impresionante, pero era inteligente y conocía el negocio tan bien como el mejor. Además, estaba familiarizada con el caso Russell.

Empezó a tramar un plan, y cuando Cole entró en recepción, pocos minutos después, ya estaba preparada para llevarlo a cabo.

—Aquí tienes los nuevos datos sobre el caso Russell —dijo él,

mientras dejaba unos documentos sobre el escritorio—. Cuando hayas terminado el informe, dámelo. Si es posible, querría tenerlo esta noche porque tengo que investigar algunas cosas mañana por la mañana, a primera hora.

—No te preocupes, lo haré.

Cole se volvió para marcharse, pero ella decidió intervenir en aquel momento.

—¿Cole?

—¿Sí?

Melodie nunca se había sentido intimidada por su jefe, pero en aquel momento su presencia le pareció casi amenazante. Era alto, fuerte y poseía una potente combinación de fortaleza masculina, confianza y cierto peligro.

Sintió un golpe de ansiedad, pero se dijo que no ganaría nada si no se arriesgaba.

—He oído la conversación que mantenías con Noah sobre la mujer que estás buscando.

—¿Conoces a alguien que pueda servir?

—Más o menos. Digamos que tengo la solución para tu problema.

—¿En serio? —preguntó.

Ella asintió.

—Permíteme que yo sea esa mujer.

Cole la miró con evidente sorpresa.

—¿Cómo?

—Que permitas que te acompañe a la subasta.

—No creo que sea buena idea —declaró, repentinamente incómodo.

—¿Por qué?

—Porque no te contraté para que trabajaras en los casos.

—¿Y qué pasaría si yo deseara participar? Conozco el negocio y estoy familiarizada con este caso. Soy perfectamente capaz de

hacerme pasar por tu acompañante y recuperar esa carta. Necesitas una mujer y soy la mejor para el trabajo.

Cole bajó la mirada y notó que, al echar los hombros hacia atrás, la ropa se ajustaba más al cuerpo de Melodie y resaltaba mucho sus senos. De inmediato se excitó. Se metió las manos en los bolsillos y apretó los puños.

—Melodie, no creo que a tu padre le gustara que te pusiera en una situación potencialmente peligrosa.

Melodie sabía que los sentimientos de su padre eran importantes para Cole y que siempre había intentado mantenerla a salvo. De hecho, también sabía que Cole la había contratado solo porque su padre quería que trabajara en algún lugar que le inspirara total confianza. Pero no quería despertar sentimientos parecidos en Cole.

—Soy una mujer adulta, capaz de tomar mis propias decisiones. Pero si te sientes mejor con eso, mi padre no tiene por qué enterarse.

—No puedo arriesgarme de ese modo... contigo.

Melodie era consciente de que se oponía únicamente porque era la hija de Richard Turner, o al menos, de que utilizaba a su padre como excusa para levantar una barrera entre ellos.

—Cole...

—Lo siento, pero no voy a cambiar de opinión. Necesito de tu talento en este despacho, no en la calle. Fin de la discusión.

Mel se sintió muy ofendida y pensó que, contrariamente a lo que Cole pudiera creer, aquella discusión no había terminado en absoluto. Si no confiaba en su capacidad para hacer el papel, tendría que encontrar la forma de demostrárselo.

Capítulo 3

Melodie jugueteaba con la comida de su plato con el tenedor, mientras pensaba en la conversación que había mantenido el día anterior con Cole. Estaba decidida a dejar de ser la aburrida mujer que había sido, pero no sabía cómo transformarse en la persona que buscaba su jefe.

—No me digas que no tienes hambre —comentó Joelle, la hermana menor de Cole con quien estaba comiendo en un restaurante—. Eres la única mujer que conozco con un apetito tan bueno como el mío. Me disgustaría que perdiéramos ese vínculo.

Melodie le dirigió una sonrisa a su amiga.

—Tu apetito ha crecido desde que estás embarazada, Jo. No puedo competir contigo.

Joelle se acarició el vientre, relativamente pequeño para una mujer embarazada de cinco meses.

—Estar embarazada es una excusa perfecta para comer más, pero Dean está tan preocupado por mi salud que se empeña en que me limite a comidas sanas...

Melodie rió. Sabía que la pareja se amaba sinceramente. Se habían conocido en circunstancias muy excepcionales, cuando Jo provocó la detención de Dean por un caso de confusión de identidad. Mientras se demostraba su inocencia, se enamoraron.

—Insiste en prepararme el desayuno y la cena todos los días —continuó Jo—, así que solo puedo tomar lo que me apetece cuando estoy sola.

—Si la forma en que te cuida significa algo, yo diría que Dean va a ser un padre excelente.

Los ojos azules de Joelle, idénticos a los de Cole, brillaron.

—Sí, sé que lo será. Pero, ¿qué te ocurre? Hoy pareces distraída. ¿Ha ocurrido algo?

Melodie probó su fettucini y se preguntó si debía compartir sus pensamientos con Joelle. Estaba deseando contárselo a alguien, sobre todo a una mujer que pudiera darle un buen consejo.

Su madre había muerto antes de que pudiera conocerla bien y su padre no se había vuelto a casar, así que había crecido sin influencia femenina en su vida. En cuanto al resto de sus amigas, no tenía tanta confianza en ellas como para discutir sobre capacidades de seducción.

Por fin, se limpió los labios con la servilleta y preguntó:

—¿Puedo hablar contigo de mujer a mujer?

Joelle sonrió.

—Por supuesto. ¿Qué te preocupa?

—Tal vez puedas darme algún consejo sobre la forma de atraer a cierto hombre.

Jo rió.

—¿Y qué te hace pensar que estoy cualificada en ese sentido?

—Sedujiste a Dean, ¿no es cierto? —preguntó, clavando los codos sobre la mesa.

—Sí, pero en circunstancias muy particulares. No intentaba cazar hombres cuando lo conocí.

Melodie se ruborizó.

—Yo tampoco intento cazar hombres. Solo me interesa uno, en concreto.

Joelle la miró, pensativa, mientras la camarera del local retiraba sus platos. Jo pidió tarta de chocolate y Melodie optó por limitarse a un té helado. En cuanto la mujer se marchó, la amiga de Mel dijo:

—Sospecho que te refieres a Cole.

Melodie se quedó boquiabierta. Pero no podía negarlo.

—Sí, es verdad. ¿Tan obvio resulta?

La camarera regresó con la tarta y el té, y volvió a marcharse.

—Digamos que no ocultas muy bien tus sentimientos.

—¿Cole también lo ha notado?

—No lo sé, pero sé que Cole tiende a no darse por enterado las cosas cuando no sabe cómo enfrentarse a ellas. Puede que ese sea tu caso.

—No me animas demasiado...

—Lo conozco muy bien y probablemente esté haciendo lo posible por evitarte. Si quieres llamar su atención, tendrás que provocarlo. Pero, ¿de qué se trata todo esto?

Melodie le explicó todo lo sucedido con el caso Russell y acto seguido, añadió:

—Me presenté voluntaria para hacer el papel. Conozco el caso y ya hace dos años que estoy trabajando en la empresa ocupándome de la búsqueda de información. Sería lógico que el siguiente paso fuera involucrarme de forma directa en las investigaciones, pero Cole cree que soy más útil en el despacho.

—Vaya, eso es bueno —dijo Jo, entre risas.

—También dice que no quiere ponerme en una situación de peligro. Y hasta ha utilizado la excusa de mi padre para hacerme ver que solo desea protegerme.

—Cole siempre se comportó del mismo modo conmigo. Solo cambió cuando me casé con Dean. Está acostumbrado a proteger a todo el mundo desde que mis padres se divorciaron y, sobre todo, desde la muerte de nuestro padre. Tuvo que cuidarnos a Noah y a mí y se toma muy en serio sus responsabilidades.

—Pero yo no quiero que Cole me considere como una obligación. Joelle tomó un pedazo de chocolate y la miró.

—Si quieres ser la mujer que busca, ¿por qué no le das lo que quiere?

—¿Y qué quiere?

—Una mujer con una visión de las cosas como la suya —

respondió, mientras chupaba el tenedor—. ¿Qué dijo que necesitaba, exactamente?

—Una mujer sexy, refinada e inteligente.

—Entonces, dale eso.

—Oh, vamos, mírame. No se puede decir que sea una leona...

—No, pero tienes el potencial necesario para serlo. Si deseas ese trabajo, tendrás que aprender a caminar de forma sensual, a hablar de una manera determinada y a actuar sin inhibiciones. ¿Crees que serías capaz?

—Puedo intentarlo.

—Oh, creo que esto va a ser muy divertido. Mañana es sábado. ¿Qué te parece si vamos a la peluquería y salimos de compras?

—Si a Dean no le molesta que monopolice tu día...

—¿Bromeas? Yo también me compraré algo. Y será él quien se beneficie...

—En tal caso, trato hecho.

—El lunes que viene, Cole sufrirá un desmayo cuando te vea.

Melodie sonrió.

—Muy bien. Que comience la transformación.

El domingo por la noche, Melodie ya había descubierto que ser sexy y refinada podía resultar un trabajo muy duro. En la peluquería la habían transformado por completo; le habían cambiado el estilo, el corte y el color del pelo, y le habían arreglado y pintado las uñas de las manos y de los pies. Además, su vestuario consistía ahora en multitud de prendas alegres que siempre había admirado en otras mujeres pero que nunca se había atrevido a usar.

Debía reconocer que era una persona completamente nueva, al menos en su aspecto exterior. Ahora, tendría que trabajar un poco con los aspectos interiores.

Mientras se acostaba, pensó que por fortuna le sobraba la inteligencia y que conocía bien los detalles del caso Russell. Así que, en cierto modo, estaba lo suficientemente preparada.

Se apoyó en las almohadas y tomó el libro que había dejado en la mesita de noche. Era un texto donde teóricamente se enseñaban todo tipo de trucos para ser una mujer sexy, provocativa y desinhibida, desde la forma de caminar y de hablar hasta cómo coquetear o seducir a un hombre con una simple mirada o un roce. Además, en los últimos capítulos se daban consejos sobre todos los aspectos de la vida sexual y se mencionaban formas para volver loco de deseo al hombre amado.

Leyó cada línea, cada párrafo y cada página con suma atención. Cuando lo terminó, ya era de madrugada y no tenía ninguna duda de que se iba a divertir mucho más en su nueva existencia.

Por otra parte, también se había dado cuenta de que también podía utilizar la posibilidad de escribir cartas eróticas para demostrarle a Cole que era toda una mujer, capaz de enfrentarse al caso Russell y a él mismo.

Sonrió y pensó que la verdadera diversión comenzaría al día siguiente, cuando lo viera en el despacho. Estaba deseando ver la cara de Cole.

Capítulo 4

El lunes por la mañana, Cole entró en la oficina y se detuvo en seco en la recepción al ver que una mujer, aparentemente desconocida, estaba mirando los archivos que se encontraban tras el escritorio de Melodie. Miró a su alrededor para intentar localizar a su secretaria, pero no la vio.

Frunció el ceño, avanzó y se preguntó qué estaría haciendo aquella mujer y dónde se habría metido Melodie. Había visto que su coche estaba aparcado en el exterior del edificio, de modo que no podía andar muy lejos.

Mientras analizaba la situación, no pudo evitar fijarse en la mujer. Aún no había tenido ocasión de contemplar su rostro, pero todo lo que se veía de cuello para abajo era perfecto, incluidas las largas piernas que su corta falda dejaba ver.

Se acercó a la mesa, haciendo un esfuerzo por apartar la mirada de su cuerpo, y carraspeó para llamar su atención.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—¡Cole! No te había oído...

Cole se quedó atónito, incapaz de reaccionar ante la extraordinaria visión que se abría ante sus ojos. Su reservada y seria secretaria se había convertido en una criatura impresionante y muy seductora.

Ya no llevaba el pelo recogido; ahora lo llevaba suelto, por encima de los hombros y rizado. Se había maquillado levemente y sus ojos marrones parecían más bellos que nunca. En cuanto a sus labios, pintados de rojo, le parecieron tan suculentos que deseó besarla.

La atracción que sentía por ella aumentó aún más segundos después. No podía dejar de mirarla. Llevaba una blusa clara, de seda, que marcaba su figura y dejaba ver la parte superior de sus senos, con una falda tan bien combinada que le pareció la mujer más atractiva del mundo.

No podía creer que durante todos aquellos años hubiera ocultado una figura como la suya bajo prendas aburridas y conservadoras.

Quiso decir algo, pero no pudo.

—¿Qué te ocurre, jefe? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Yo... ¿Qué ha pasado con... con todo? —acertó a preguntar.

—Te presento a la nueva Melodie. Me apetecía cambiar un poco.
¿Qué te parece el resultado?

Cole ni siquiera podía pensar. Al menos, no con la cabeza. Era como si sus fantasías eróticas se hubieran hecho realidad.

—Estás... muy bien —se limitó a decir.

No quería dejarse dominar por la nueva Melodie, así que hizo un esfuerzo e intentó concentrarse en el trabajo.

—¿Ha llamado alguien?

—Lance Keesling te ha devuelto la llamada del viernes. Jonas Goodwin quiere una cita para hablar sobre el caso Williams y Bobby Malone pasará esta tarde con la información que necesitabas sobre la custodia de MacGregor —declaró, con voz más suave y rasgada de lo habitual.

—Perfecto. ¿Podrías llevarme el archivo de Goodwin a mi despacho, por favor?

—Ya está sobre tu escritorio.

—Gracias.

En aquel instante, Noah entró en la oficina.

—Hola a todo el mundo. Pero qué...

Cole se volvió a tiempo de contemplar el gesto de sorpresa de su hermano.

—¿Qué le ha pasado a nuestra dulce Mel? —preguntó Noah—. ¿Quién es esta desconocida?

—Tal vez su hermana gemela —bromeó Melodie.

—Pues me encantas —dijo, mientras la tomaba de la mano y la miraba de los pies a la cabeza—. Estás increíble. Me parece que jamás volveré a decir que eres dulce. Eres mucho más que eso. Eres una mujer arrebatadora.

—Sí, creo que la descripción va bien con mi nueva imagen.

—Desde luego...

Cole sintió algo muy parecido a los celos. Su hermano siempre había sido bastante coqueto con las mujeres, pero hasta entonces no le había importado en absoluto. Sin embargo, no estaba dispuesto a sentirse celoso y mucho menos por una mujer con la que no podía mantener otra relación que no fuera profesional.

—Me alegra que hayas llegado tan pronto, Noah. ¿Puedes reunirte conmigo en mi despacho?

—Claro. ¿Qué sucede?

Noah siguió a Cole al despacho y se sentó en una butaca. Cole también tomó asiento.

—¿Tienes tiempo esta semana para realizar un trabajo de vigilancia?

—Creo que sí. ¿De qué se trata?

—Del caso Russell. Quiero que sigas a Jerry Thornton para ver si está saliendo con alguna mujer y para ver si podemos descubrir cualquier cosa que afecte a su credibilidad. Te daré las direcciones de su casa y de su trabajo, así como una fotografía y toda la información que necesites.

—Hablando del caso Russell... No sé si te has dado cuenta de que la mujer atractiva, sexy, refinada e inteligente que estabas buscando, se encuentra en esta misma oficina.

—¿Quién? ¿Melodie?

—No, su hermana gemela —bromeó.

—Olvidalo. Me niego a cruzar esa línea profesional con mi propia secretaria.

—Vamos, Cole, es perfecta para el trabajo. Además, no tendrás que acostarte con ella...

Cole pensó que deseaba hacerlo. Ya no le sorprendía que se sintiera tan atraído por ella.

—Mira, me niego a poner en peligro a Melodie. Si algo saliera mal, no quiero perder a una secretaria tan extraordinariamente buena.

Noah lo miró como si estuviera a punto de estallar en carcajadas ante la estúpida excusa que acaba de dar su hermano, pero consiguió controlarse.

—Como tú digas —declaró, mientras se levantaba de la butaca—. Me pondré de inmediato con la vigilancia y te haré saber lo que descubra.

Cole asintió.

—Gracias, Noah.

En cuanto Noah se marchó, Cole decidió dedicarse al trabajo para mantenerse ocupado. Pero no sirvió de nada. Cada vez que Melodie entraba en el despacho para entregarle algún documento o para charlar de asuntos laborales con él, la mirada de Cole se perdía en sus caderas, en sus piernas, en sus senos. Era totalmente consciente de su presencia y no dudaba que esa era la intención de su secretaria.

Al final del día, estaba tan tenso y tan excitado que habría saltado como un muelle si alguien le hubiera rozado.

Sin embargo, todo fue más o menos bien hasta las seis y cuarto de la tarde. Para entonces, Joelle y Noah ya se habían marchado de la oficina y él se había quedado a solas con Melodie. Normalmente eso no suponía un problema; muchas veces se quedaban trabajando juntos hasta altas horas de la noche, pero todo había cambiado.

—¿Puedo decirte algo, Cole? —preguntó entonces Mel.

—Claro. ¿De qué se trata?

En lugar de sentarse en una de las butacas del despacho de Cole, Melodie caminó hacia él y se apoyó en el escritorio, a su lado.

—De una carta. Me gustaría leértela.

Melodie cruzó las piernas. Era un gesto que había repetido mil veces y nunca le había prestado atención. Pero hasta entonces, nunca había llevado una falda como aquella.

— ¿Está relacionada con algún caso?

—Sí, lo está.

—Entonces, adelante. Léela.

Los senos de Melodie ascendieron muy levemente cuando inspiró antes de que empezara a leer:

He estado pensando en ti todo el día y por fin estamos juntos. He notado que me observabas cuando creías que no me daba cuenta y me excita saber que llamo tu atención y que tal vez me desees tanto como yo a ti. Siento tu mirada sobre mi cuerpo, tan suave como una caricia, tan cálida como una noche de verano, y me deja sin respiración.

Cole no estaba preparado para seguir escuchándola, así que intentó detenerla.

—Mel...

—Deja que termine, por favor...

Melodie estaba decidida a seguir aunque estaba haciendo un verdadero esfuerzo por atreverse a leer la carta.

Has despertado mis sentidos y ahora mi cuerpo desea la intimidad de tu contacto. Quiero sentir tus fuertes manos en mis mejillas, sobre mis senos, entre mis piernas. Mi corazón se acelera cuando imagino ese exquisito placer y ahora tiemblo mientras espero que satisfagas mi hambre.

Mel se apartó un mechón de la cara y se humedeció el labio inferior antes de continuar.

Rodéame con tu pasión y tu deseo y yo me entregaré a ti. Tócame, satisfáceme, logra que mis fantasías se hagan realidad. Te estoy esperando. Hazme tuya.

Cole estaba tan atrapado en su sensual monólogo que en su imaginación ya la había hecho suya. Era consciente de que todo aquello formaba parte de un plan de Melodie para seducirlo, y el plan estaba funcionando. La tentación de tocarla era insoportable; deseaba extender una mano, acariciar sus piernas e introducirse por debajo de su falda.

Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y preguntó, con voz grave:

— ¿De dónde has sacado esa carta?

— La he escrito hoy, mientras comía. ¿Qué te parece?

— Que te has ganado un sobresaliente en creatividad.

Melodie sonrió.

— Escribirla resultó más fácil y divertido de lo que pensaba. Pero no sabía si me atrevería a leerla. ¿Lo he hecho bien?

— Lo has hecho muy bien, Mel. Pero, ¿por qué me has leído una carta tan obviamente personal?

— Para demostrarte que soy exactamente lo que necesitas — respondió.

— ¿No podrías explicarte un poco mejor? ¿Qué quieres decir? — preguntó, intentando mantener el control.

— Me refiero a que necesitas llevar una acompañante para ir a esa subasta. Sé que es posible que puedas encontrar a alguna más atractiva que yo, pero tú mismo me acabas de dar un sobresaliente en una carta erótica. Yo diría que eso debería servir de algo en relación con el caso Russell.

— ¿De modo que tu metamorfosis y esa carta se deben al caso Russell? — preguntó, con incredulidad.

— En parte, sí. He sido una mujer muy acomodaticia y conservadora durante gran parte de mi vida, Cole. Pero ahora quiero divertirme y ser más aventurera. Y quiero descubrir lo que se siente al trabajar lejos de estas cuatro paredes. Estoy más que cualificada para hacerlo y sé que puedo ayudarte en ese caso si me das la oportunidad.

—No —respondió, de forma automática.

—Haré lo que sea necesario para demostrarte que soy capaz de realizar ese trabajo. Lo que sea —enfaticó, antes de volver a leer un fragmento de la carta:

Tócame, satisfácame, logra que mis fantasías se hagan realidad...

Cole estuvo a punto de gemir y se sintió definitivamente perdido cuando Melodie pasó los brazos alrededor de su cuello y él pudo notar el contacto de sus senos contra su pecho.

Incapaz de soportarlo, la tomó por las muñecas y la hizo retroceder hacia la pared. Después, la miró y dijo:

—Maldita sea, Mel, estás jugando con fuego.

Esperaba intimidarla, pero no lo consiguió. Melodie había cambiado.

—Tal vez quiera quemarme.

Cole deseó dejarse llevar. Sin embargo, sabía de forma instintiva que Melodie no había considerado todas las repercusiones de lo que estaba pidiendo. Si ella insistía, acabaría por obtener lo que deseaba. Pero su ética personal e incluso profesional se lo impedía.

—No estás preparada para esta clase de juego —declaró él, con voz ronca—. Y si no tienes cuidado, saldrás herida.

—Soy una mujer adulta, Cole. ¿Por qué no permites que sea yo quien decida eso?

Capítulo 5

Cole sintió una intensa ola de calor. Incapaz de resistirse al ejercicio de seducción al que Melodie lo había sometido durante todo el día, a la carta que le había leído y a su cercanía actual, decidió demostrar con hechos lo salvaje que podía ser cuando lo retaban de un modo tan directo.

Se inclinó sobre ella y la besó de forma apasionada, hambrienta, casi exigente. Ella se sorprendió y él introdujo la lengua en su boca mientras miraba fijamente sus ojos.

No había soltado sus manos. La tenía totalmente atrapada contra la pared y podía moverse a su antojo, hacer lo que quisiera. Sin embargo, Mel no se estaba resistiendo en absoluto, aunque su respuesta fue bastante más reservada de lo que cabía esperar después de lo que había hecho.

Cole estaba acostumbrado a mujeres muy activas, que sabían reaccionar de manera inmediata, pero disfrutó aún más con ella, con su lenta transformación desde la pasividad al apasionamiento.

Poco a poco, Melodie se entregó al calor de la situación y comenzaron a moverse el uno contra el otro.

Cole olvidó que pretendía darle una lección. Soltó sus manos y acarició su rostro, sin dejar de besarla. Se sentía dominado por un impulso que no había experimentado jamás de un modo tan intenso. Todo en ella era adictivo, desde su piel hasta la sensación de sus femeninas curvas, desde su respuesta cada vez más desinhibida hasta su aroma.

Acarició sus senos por encima de la blusa y ella gimió de placer. Después, introdujo las manos entre su cabello mientras seguía

besándola. Pero de repente, recordó que estaba con Melodie, con la hija de Richard, de un hombre que se la había confiado para que cuidara de ella, de un hombre al que no podía traicionar.

Se apartó y la miró. Deseaba ser el hombre al que había dirigido aquella carta. Sin embargo, se sentía culpable por haber olvidado sus responsabilidades.

—Cole... —susurró ella.

Estaba tan atractiva y tan obviamente excitada que de buena gana le habría hecho el amor allí mismo, contra la pared.

—Será mejor que te marches de inmediato o terminaremos haciendo algo de lo que nos arrepentiremos más tarde.

—No. No creo que nos arrepintiéramos. Al menos, yo no lo haría.

Pasaron unos segundos en silencio. Después, Melodie suspiró y se dirigió hacia la salida. Pero antes de marcharse, dijo:

—Por si lo dudabas, Cole, deseaba besarte.

Mel se marchó entonces y Cole respiró profundamente, pero no consiguió tranquilizarse. No debía haberla tocado. Ahora ya no podía negar lo que sentía por ella.

Se sentó en su butaca, disgustado. Sabía que el problema era él. Melodie había dejado bien claro que estaba dispuesta a llegar más lejos y no se había sentido intimidada en ningún momento ni había intentado disuadirlo. Bien al contrario, le había mostrado una sensualidad más que suficiente para destruir todas sus buenas intenciones.

Su plan había funcionado muy bien. Estaba decidida a acompañarlo a aquella subasta y Cole sabía se había metido en un buen lío.

Capítulo 6

Al día siguiente, a última hora, Noah se dirigió a Melodie.

—Me marcho. Tengo cosas que hacer esta noche.

—¿Tienes alguna cita interesante? —preguntó, en tono de broma.

—Tal vez —respondió, con una sonrisa—. ¿Tienes el informe del caso MacGregor?

—Sí. Estaba a punto de hacer la facturación y ese caso está en la lista. ¿Lo necesitas?

—Yo no. Es para Cole.

—Por si no lo has notado, Cole no ha venido a trabajar hoy..

—Sí, claro que lo he notado. He tenido que hablar con él por teléfono, varias veces, y está de un humor muy extraño.

Mel supuso que lo había llamado al móvil, razón por la cual no había sonado ninguno de los teléfonos de la oficina. Eso también explicaba que Noah hubiera recogido todos los mensajes de su hermano.

—Me ha pedido que le lleve ese informe a su casa para poder revisarlo esta noche. Al parecer tiene una cita con el cliente mañana por la mañana —continuó.

—Comprendo. Entonces, tengo una idea. Parece que tú tienes prisa por marcharte, así que a mí no me importaría llevarle el informe a su casa.

—¿En serio? —preguntó, entre esperanzado y agradecido.

—Claro. No sería la primera vez que hago de correo. Y a diferencia tuya, no tengo planes para esta noche.

—Gracias, Mel, te debo una. Eres un ángel.

Noah se acercó a ella y le dio un beso en una mejilla. Pero antes de salir, añadió:

—Por cierto, estás preciosa. Duro con él, tigresa...

Melodie rió y se miró. Se había puesto un top de imitación de piel de leopardo con una falda marrón. El comentario de Noah aumentó su confianza en sí misma, ya bastante crecida desde que había tenido ocasión de comprobar que Cole la deseaba.

Cuando recordaba lo sucedido, se estremecía. No olvidaba el sabor de su boca, ni el contacto de sus manos, ni la presión de su duro cuerpo. La había excitado de un modo que casi le había resultado sorprendente y ella le había dejado bien claro que el deseo era mutuo. Pero era evidente que se sentía culpable por haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

Había pasado una mala noche. Se sentía frustrada y le disgustaba que Cole la tomara no por una mujer, sino por una responsabilidad. Sin embargo, no se iba a rendir por un simple rechazo. Y por otra parte, sabía que Cole no sería capaz de resistirse indefinidamente.

Sonrió y apagó el ordenador. Incapaz de dormir, había aprovechado la noche anterior para escribir más cartas eróticas, todas con Cole Sommers como protagonista. Era la mujer perfecta para trabajar en el caso Russell y era la mujer perfecta para él, así que estaba decidida a continuar con el proceso de seducción.

Satisfecha con su plan, tomó el informe MacGregor, salió del despacho y subió a su vehículo. Media hora más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Cole.

La puerta se abrió de forma brusca y de repente se encontró ante una visión maravillosa: Cole se encontraba ante ella, sin más ropa que unos vaqueros desabrochados, como si lo hubiera interrumpido mientras se vestía.

Siempre había soñado con su ancho y duro pecho, pero era la primera vez que lo veía y que contemplaba el vello que descendía

hacia su estómago y desaparecía por debajo de sus pantalones. Cuando bajó la mirada, notó su abultado sexo y sintió una punzada en el estómago. Aquel hombre era impresionantemente masculino.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Mel?

— ¿Te he pillado en mal momento?

— No. Estaba a punto de darme un buen baño caliente.

— ¿Solo? — se atrevió a preguntar.

— Sí, solo — respondió, arqueando una ceja.

— Me alegro, porque solo he traído cena para dos. Para ti y para mí.

Entonces, y sin esperar a que la invitara, entró en la casa y se dirigió a la cocina, bolsa en mano.

— ¿Cena? — preguntó, mientras la seguía.

— He pensado que tendrías hambre, así que he parado en un restaurante y he comprado algunas cosas.

— Mel...

— Ah, por cierto, aquí tienes el informe del caso MacGregor...

— ¿Por qué no lo ha traído Noah, como le pedí?

Dejó la bolsa de comida en la mesa y colgó el bolso del respaldo de la silla.

— Porque, al parecer, tenía cosas mejores que hacer y estaba impaciente por marcharse.

— ¿Así que te ha mandado a ti?

El tono de su voz parecía insinuar que Noah le había encomendado a ella el encargo con el fin de poder salir cuanto antes a divertirse. Pero a Mel no le parecía justo hacerle cargar con la culpa por algo que ni siquiera se le había ocurrido a él.

— No. No me ha mandado a mí. Me he ofrecido a traerlo y le ha parecido bien. Le he dicho que para mí no era ninguna molestia; a fin de cuentas, ya te he traído cosas otras veces. Y es verdad que no me molesta. ¿O tienes algún problema? — añadió, mirándolo de reojo.

Había sido una pregunta muy directa. Mel sabía que Cole tendría

que responder. Conociéndolo, era imposible que reconociera abiertamente que no sabía cómo reaccionar ante la atracción que existía entre ellos. Y esperaba que su orgullo masculino jugara a su favor.

—No, por supuesto que no tengo ningún problema —gruñó—. Gracias por el informe. Y por la cena.

—De nada. ¿Te importa que coma contigo?

Cole mantuvo las distancias mientras se preguntaba qué plan habría trazado esta vez para seducirlo. Al ver que la observaba como si no confiara en absoluto en ella, intentó suavizar la situación.

—Aunque lleve un top de imitación de piel de leopardo, te aseguro que no voy a morderte.

—No se me había pasado esa idea por la cabeza.

Ella sabía que mentía.

—Entonces no te importará que me quede a cenar...

—Claro que no. ¿Quieres beber algo?

—Me tomaría un refresco, si tienes.

Cole se marchó y regresó de la cocina con un refresco, una cerveza y dos platos de plástico.

—Platos de plástico. Como se nota que vives solo.

—Así no hay que fregar —dijo, mientras se sentaba al otro lado de la mesa.

—No, claro, así no me extraña que no tengas platos sucios en el fregadero.

—Siempre he odiado los trabajos domésticos, así que procuro vivir de la forma más sencilla posible.

Melodie se alegró al notar que se estaba relajando y decidió insistir con el tema.

—Supongo que de pequeño tuviste que hacer demasiadas cosas en casa...

—Sí, más de lo que me gusta recordar.

—Pues estoy impresionada. Tú casa está muy limpia.

—Es cierto. Una persona viene a limpiar la casa una vez por semana, pero el resto del tiempo es cosa mía y procuro no manchar demasiado.

Mel rió y acto seguido probó un poco de ensalada.

—Bueno, ¿qué tal va todo con el caso MacGregor?

—Tan bien como cabía esperar. El tipo quiere recobrar la custodia de su hijo, pero por lo que he sabido de su antigua novia, tiene muy mal genio y no sería lógico que lo consiguiera. Espero que las pruebas que hemos encontrado sirvan para que ella mantenga la custodia, aunque él tendrá derecho a visitarlo.

—Es una situación muy triste... Y para el niño también.

—Sí, es doloroso para todos.

—Lo dices como si tuvieras experiencia en el asunto.

—La tengo —dijo, mirándola—. Mis padres se divorciaron poco antes de la muerte de mi madre.

—Oh, lo había olvidado. Lo siento.

—No lo sientas —declaró, encogiéndose de hombros—. Ha pasado mucho tiempo.

A pesar de la evidente intención de Cole por descargar de importancia la cuestión, Mel sabía que la separación de sus padres le había afectado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Sé que crecer sin padre o madre puede ser terrible. Pero haber asistido a su divorcio debe ser igualmente traumático —comentó ella—. A menos que se tratara de un divorcio amistoso.

—No lo fue. Mi madre mantenía una aventura con un hombre y se divorció de mi padre para casarse con su amante. Por si fuera poco, ella consiguió la custodia de Joelle y se la llevó a vivir a Arizona.

—¿Solo la de Joelle?

—Mi madre solo la quería a ella —respondió, con evidente amargura.

—¿Y qué hay de Noah y de ti?

—Nos quedamos con mi padre, que era exactamente lo que queríamos hacer. Mi madre no era una mujer muy maternal. En cuanto a Joelle, solo tenía cinco años y no entendía lo que pasaba. Para nosotros fue terrible. Sabíamos que mi madre solo la quería a su lado para hacer daño a mi padre. Y consiguió hacernos daño a todos.

—Supongo que Jo volvió con vosotros cuando tu madre murió...

—No fue tan sencillo. Mi padre tuvo que luchar para volver a conseguir la custodia de Joelle, pero esta vez contra el nuevo marido de mi madre. Peter se quedó con ella durante seis meses, hasta que un juez decidió que la custodia pertenecía a mi padre.

—Debió de ser muy duro para ti...

—Creo que me las arreglé bien teniendo en cuenta de las circunstancias, aunque no se puede decir que mi niñez fuera muy feliz. Fue más fácil para mis hermanos.

—Hiciste un gran trabajo, Cole. Con Jo, con Noah y contigo mismo.

—Solo porque muchas personas nos ayudaron. Sobre todo, tu padre. Le debo más de lo que jamás podré pagarle, especialmente por haber cuidado de mí cuando murió mi padre. Sin él, nunca me habría dedicado a la investigación.

—Te tiene en alta estima. Me consta.

—Pues el respeto es mutuo.

—Sí, lo sé.

Cole y Melodie pasaron unos segundos en silencio, hasta que él carraspeó y se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo hemos acabado charlando de asuntos tan deprimentes?

Para Mel no había sido una conversación deprimente en absoluto. Había descubierto muchas cosas nuevas de él. Ahora entendía mejor que fuera tan dinámico, tan decidido, y tan protector con las personas que amaba. Incluso había descubierto una dimensión distinta en su personalidad: la vulnerabilidad que se ocultaba tras su fuerza. Y le gustaba.

En aquel momento sonó el teléfono y Cole se levantó para contestar.

—Probablemente sea Bobby Malone. Estaba esperando su llamada. Es posible que tarde un poco en volver...

—Adelante —dijo, con una sonrisa—. Estaré bien.

—Gracias por la cena.

Melodie supuso que esperaba que se marchara de la casa, pero naturalmente no lo hizo. Cole entró en su despacho y ella aprovechó la ocasión para limpiar la mesa y tirar los restos de la comida.

Tenía dos opciones: comportarse como la mujer tímida que había sido o desarrollar un poco más sus nuevas tendencias. La elección fue fácil.

Se dijo que más tarde o más temprano tendría que salir de su despacho. Y cuando lo hiciera, la noche empezaría a ser muy interesante.

Capítulo 7

Cole colgó el teléfono después de hablar con Bobby Malone y de obtener la información que necesitaba para la reunión del día siguiente. Con las pruebas que tenían a favor de Sarán MacGregor, no dudaba que la mujer conseguiría la custodia permanente del niño.

Satisfecho por el trabajo que habían realizado, se recostó en su butaca y pensó en Melodie. Su secretaria se las había arreglado para que comenzara a hablar con una facilidad inaudita sobre las dificultades que había tenido en su juventud para cuidar de sus hermanos. Y no podía negar que ahora se sentía mucho mejor, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Nunca se permitía mostrar el menor gesto de amargura sobre la actitud de su difunta madre, porque pensaba que Jo y Noah ya habían sufrido bastante tras el divorcio. Durante los años siguientes, ninguna mujer se había interesado por su infancia ni por su adolescencia, pero Melodie era distinta.

En parte, deseaba que no se hubiera marchado de la casa. Pero al pensarlo, se molestó. Siempre le había gustado vivir solo y disfrutar de su existencia sin más problemas; nunca había necesitado a ninguna mujer y no tenía intención de empezar con Mel. Además, quería que las cosas volvieran a la normalidad. Pero la deseaba.

Intentó dejar de pensar en ello y se dijo que podía retomar la noche por donde la había dejado tras la súbita aparición de Melodie. Se daría un buen baño caliente y se relajaría un poco.

Salió del despacho y se dirigió a la cocina. No vio a Mel por ninguna parte y pensó que se había marchado, pero entonces vio su bolso en una de las sillas y frunció el ceño. Acto seguido, observó que

sobre la mesa había una nota.

Se acercó, excitado al recordar la carta que le había leído, y la recogió. Decía así:

Adoro la sensación del agua en mi piel, tan suave mientras resbala por mis senos, tan cálida cuando acaricia mi estómago y se introduce entre mis muslos. Me gusta que endurezca mis pezones y me gusta la sensación que me produce. Cuando me acaricio los pechos no puedo evitar gemir al notar su extrema sensibilidad, ni puedo evitar soñar que mis manos son las tuyas.

Si no puedo tenerte, al menos puedo imaginarte. Puedo pensar que tocas mi húmedo cuerpo, que tus manos exploran mi carne mientras tu boca me recorre. Lentamente, lames las gotas que me cubren y la suavidad de tu lengua aumenta exquisitamente mi excitación.

Estoy empapada. ¿Notas cuanto te deseo?

Cuando terminó de leer, estaba muy excitado. Y si la carta no hubiera sido suficiente, encontró una nota al final de la página que acabó con su resistencia:

Cole, estoy húmeda y esperándote. Ven a bañarte conmigo bajo las estrellas.

Cole levantó entonces la mirada y vio que toda su ropa y sus zapatos estaban junto a la puerta que daba al patio trasero. Cerró los ojos con fuerza y se dijo que saldría, rechazaría su oferta y la enviaría de vuelta a su casa.

Pero no esperaba caer bajo el hechizo de la figura que encontró en su jacuzzi de agua caliente, iluminada por las luces del jardín. Cole se alegró al observar que al menos no se había quitado el sujetador, lo que significaba que no estaba totalmente desnuda.

— ¿Has decidido unirte a mí? — preguntó ella.

Cole se cruzó de brazos.

— No creo que fuera lo más inteligente en este momento.

Melodie se introdujo un poco más en el jacuzzi, con fuerza suficiente como para que parte del agua se saliera y mojara los pies

de su jefe. Después, volvió a asomar la cabeza y dijo:

—Tal vez deberías ser más impulsivo. Estoy descubriendo que ser espontánea resulta muy liberador y muy divertido.

Cole no mordió el anzuelo.

—Ser impulsivo también es una forma de meterse en líos.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Yo, no.

—¿Te ha gustado la carta que te he escrito? —preguntó, con tono de exagerada inocencia.

—¿Qué carta?

—La que está sobre la mesa de la cocina. Pero si quieres, puedo recordártela. Si no recuerdo mal, dice algo sobre la sensación del agua en mi cuerpo y cómo imagino tus manos en mi piel...

—Lo recuerdo —la cortó, con brusquedad.

Ella sonrió.

—Ah, de modo que la has leído. Pues todo lo que he dicho es cierto. Sobre todo la última parte.

Entonces, Melodie se incorporó lentamente y Cole sintió una súbita sequedad en la boca al contemplar el agua descendiendo por su cuerpo. El agua le llegaba a la cintura, pero a pesar de eso pudo imaginar perfectamente lo que se ocultaba bajo la superficie. Y en cuanto a lo que estaba a la vista, el sujetador mojado se apretaba contra sus senos como una segunda piel transparente.

—Estoy mojada y esperándote, Cole.

Cole apenas podía controlar su excitación. Se preguntó hasta dónde estaría dispuesta a llegar. La noche anterior le había advertido que estaba jugando con fuego y ella había declarado que estaba dispuesta a quemarse.

Melodie no apartó la mirada cuando Cole se llevó una mano a los pantalones y comenzó a desabrochárselos. Siguió observándolo cuando se bajó la cremallera y sus ojos brillaron cuando notó su erección. La reacción de Mel lo excitó más y tuvo que esforzarse para

no arrojarse sobre ella.

Se quitó los pantalones pero no hizo lo mismo con los calzoncillos. En aquel momento era lo único que separaba su sexo de la ávida mirada de Melodie.

Entró en el jacuzzi y se sentó en uno de los escalones interiores, de modo que el agua le llegaba al pecho. Melodie se sentó en otro y estiró tanto las piernas que casi las puso sobre él.

—La sensación de las burbujas es muy placentera, ¿no te parece?
—preguntó Cole.

—Sí. Hacen cosquillas en ciertos sitios.

—Es aún más placentero cuando se está totalmente desnudo. Si quieres hacerlo bien, deberías quitarte toda la ropa.

Entonces, Cole decidió demostrarle lo espontáneo que podía ser. Se quitó los calzoncillos y los dejó en el exterior del jacuzzi.

Los ojos de Melodie brillaron con la sombra de una duda, pero desapareció enseguida y le demostró que se había equivocado con ella. Segundos después, se mordió un labio y se quitó el sujetador sin apartar la mirada de sus ojos.

—Vaya, tienes razón —dijo ella—. La sensación es increíble. Es como si multitud de pequeños dedos acariciaran mis senos. Pero no es suficiente para aliviar la necesidad que siento entre mis piernas.

En aquel momento y sin advertencia previa, ella nadó para cubrir la escasa distancia que los separaba. Él deseó atraparla, pero permaneció inmóvil, decidido a averiguar hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Melodie se colocó sobre él, con las piernas alrededor de su cintura, aunque sin llegar a tocar su sexo. Cole agradeció que no se hubiera quitado las braguitas, porque de otro modo probablemente no habría sido capaz de controlarse.

—¿Estás cómoda? —preguntó con ironía.

—Muy cómoda —respondió con una sonrisa—. Te he imaginado acariciándome por todo mi cuerpo...

Melodie quería que sus fantasías se convirtieran en realidad. Cole puso las manos sobre sus senos y admiró su sensual y lujuriosa boca, tan irresistible. La deseaba. Con todo su cuerpo. Quería mantenerse alejado pero era humano y su capacidad de resistencia tenía un límite, así que por fin la besó y ella se dejó llevar con idéntica necesidad, con idéntico apasionamiento.

Acarició sus senos y descendió hacia su cintura. Bajó por sus caderas y jugueteó en sus muslos, asombrado por la suavidad de su piel y por la ardiente necesidad de besarla en todas partes.

Entonces, se inclinó sobre ella y la besó en el cuello. Mel se estremeció y gimió. Cole comenzó lamer las gotas de agua, una a una y, de repente, su amante se levantó y se encontró con sus senos delante de sus ojos.

—Estoy empapada, Cole —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás—. Prueba mi deseo.

Melodie se arqueó y frotó uno de sus senos contra los labios de Cole, tentándolo. Incapaz de resistirse, él abrió la boca y lo succionó con pasión, lo mordió suavemente y lo lamió.

—Cole... Necesito que me toques.

Él sabía lo que quería. Conocía su necesidad. Se apartó de sus senos y metió las manos entre sus muslos. Todavía llevaba las braguitas, así que tuvo que pasar por debajo de ellas.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Mel?

—Oh, sí, por favor...

Cole le quitó la prenda interior y apartó sus piernas con fuerza.

—Sí —volvió a decir ella, aferrada a sus hombros.

Pensó en la posibilidad de masturbarla, pero se dijo que habría sido demasiado fácil. Ya que ella se había tomado tantas molestias en torturarlo con su ejercicio de seducción, ahora le devolvería el favor.

—Imagina que todas esas burbujas que sientes son mi lengua —murmuró él con voz ronca—. Mi lengua que te lame y te prueba aquí...

Entonces, introdujo un dedo en su vagina y, segundos después, dos.

— ¿Me sientes dentro de ti, Mel?

Ella apenas fue capaz de contestar con un gemido.

Cole comenzó a entrar y salir en su cuerpo con ambos dedos, mientras acariciaba su clítoris con el pulgar. Deseaba hacerle el amor, pero se dijo que eso no iba a pasar nunca, así que se dispuso, al menos, a satisfacer el deseo de Melanie.

Cuando lo consiguió, ella pasó los brazos alrededor de su cuello y se apretó contra él, satisfecha. A Cole le habría gustado poder decir lo mismo; sabía que le esperaba una larga noche en vela, y aún fue peor cuando sintió que Melanie cerraba una de sus manos sobre su sexo.

—No, Mel —susurró.

— ¿No quieres?

—Sí, por supuesto que quiero, pero no podemos hacer el amor.

— ¿Que no podemos? Habla por ti, Cole. Tal vez te cueste entenderlo, pero soy una mujer adulta y tengo derecho a disponer de mi propio cuerpo.

—Mel, no tengo preservativos ni aquí ni en la casa.

Cole no estaba seguro de que Melanie lo hubiera creído, aunque decía la verdad. Habían pasado varios meses desde la última vez que había hecho el amor y no se había molestado en comprar más.

—Entonces, ¿por qué no me permites que te dé un poco de placer? —preguntó ella.

—Me estás volviendo loco...

— ¿Por qué te parece tan mal?

—Porque no puedo darte lo que necesitas —respondió.

—Yo diría que acabas de hacerlo — dijo, con un brillo divertido en los ojos.

Él negó con la cabeza, todavía sorprendido por el cambio en el comportamiento de su secretaria.

—Físicamente sí, te he dado lo que necesitabas, pero emocionalmente no puedo dártelo. No quiero mantener una relación con nadie, Mel.

—Que yo sepa, no he pedido nada parecido. Solo te he pedido la oportunidad de trabajar contigo en el caso Russell.

—Lo que acaba de ocurrir no cambiará mi opinión —advirtió.

Ella se pasó la lengua por los labios y suspiró.

—En ese caso, supongo que no lo he intentado con suficiente ahínco.

Cole no podía soportar aquella situación. Estaba a punto de estallar y su conversación no le estaba haciendo ningún bien, así que salió del jacuzzi en dirección a la cercana piscina y se arrojó directamente al agua. Estaba helada. Justo lo que necesitaba para empezar a pensar con cierta perspectiva. Pero no sirvió para apagar su deseo.

Hizo una docena de largos sin parar, hasta quedar prácticamente agotado. Cuando salió, pudo comprobar que Mel se había marchado.

Eso era lo quería. Pero a pesar de todo, se sintió muy decepcionado al quedarse a solas.

Capítulo 8

El martes, después de trabajar, Cole entró en el bar de Murphy y echó un vistazo a su alrededor. Buscó con la mirada a un hombre de cabello castaño, saludó a varios clientes y alzó una mano para llamar la atención del dueño del local.

—¿Qué quieres tomar, Sommers? — preguntó Murphy—. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre estaría bien, Murphy. ¿Has visto a Richard Turner? Se suponía que debíamos encontrarnos aquí a las siete.

—Sí, acabo de verlo dirigiéndose al cuarto de baño. Está sentado en aquella mesa —dijo, mientras se la indicaba con la mano—. La que tiene la copa vacía de martini.

—Gracias.

Cole avanzó hacia la mesa. Conocía aquel lugar desde muy pequeño y tras la muerte de su padre lo había convertido en su sitio preferido. El bar de Murphy estaba lleno de amigos o compañeros de su padre y por otra parte era un buen lugar para escapar y relajarse un poco tras un largo día de trabajo.

Aquella noche estaba muy tenso y sabía que el alcohol no lo tranquilizaría en absoluto. El padre de Melodie lo había llamado por la tarde, para pedirle que se reuniera con él allí porque tenía un asunto importante que comentarle.

Cole no sabía de qué quería hablar con él y había pasado varias horas intentando adivinarlo. Tenía la impresión de que Richard estaba algo nervioso y le preocupaba lo que tuviera que contarle.

Se sentó a la mesa y poco después apareció la camarera del bar.

—Aquí tienes tu cerveza. Murphy dice que te gustan los

cacahuets, así que te he traído un plato.

—Sí, es verdad, gracias —dijo él, con una sonrisa.

La camarera era una mujer muy atractiva y resultaba obvio que se sentía atraída por él. Llevaba unos vaqueros y una camiseta verde con el logotipo del local, que marcaba sus generosos senos. Pero a pesar de sus interesantes atributos, no sintió nada. Al parecer, su cuerpo solo reaccionaba con una morena de ojos castaños.

Miró la placa que llevaba, donde se indicaba su nombre y preguntó:

—¿Eres nueva aquí, Natalie?

—Sí. Tendrás que tener un poco de paciencia conmigo. Aún no conozco a los clientes habituales.

—Bueno, si alguno te causa problemas, házmelo saber.

—¿Tú también eres policía?

—No, soy detective privado, pero nuestros instintos son básicamente los mismos. Por cierto, me llamo Cole Sommers y es probable que ya hayas conocido a mi hermano, porque viene mucho por aquí. Se llama Noah.

Los ojos de la mujer brillaron.

—Sí, ya nos hemos conocido. Es muy simpático, y deja buenas propinas.

A Cole no le extrañó que su hermano hubiera intentado coquetear con ella. Pero tuvo la impresión de que no era el tipo de Noah. Se la veía cauta y algo vulnerable.

Sacó su cartera, extrajo un billete y se lo dio.

—Quédate con el cambio, Natalie.

—¿Todos los de vuestra familia dejáis buenas propinas?

—No me gustaría que dijeras que dejo malas propinas. Sobre todo si se lo contaras a mi hermano.

—Gracias. Estoy segura de que cuando tu hermano se entere de tus propinas son mejores que las tuyas, haré un gran negocio.

Cole rió, pero su alegría desapareció de inmediato al ver que se

aproximaba Richard. El hombre se sentó al otro lado de la mesa.

—Siento llegar tarde —dijo Cole.

—No te disculpes. Ya sabes que comprendo mejor que nadie cómo es tu trabajo. Si no hubieras podido venir, te habría llamado.

Cole estaba muy nervioso. Suponía que Richard no habría sido tan comprensivo con él de haber sido consciente de que lo había ocurrido entre él y su hija. Había contratado a Melanie a petición de su amigo y le había prometido que cuidaría de ella. Pero empezaba a asumir que no podía controlarse cuando se encontraba a su lado.

—Cuando hablamos antes, tuve la impresión de que esto no era una reunión social. ¿Va todo bien, Richard?

—Conmigo, sí.

Cole lo miró y pensó que tenía razón. Su aspecto había mejorado.

—Parece que la jubilación te sienta bien...

—No está tan mal. Paso los días jugando al golf y coqueteando en el club de campo con las damas.

Cole rió y le alegró que aquel hombre, que se había pasado media vida como sargento en el departamento de policía, empezara a divertirse por fin.

—Por primera vez, me he dado cuenta de que hay más cosas en la vida que el trabajo —continuó Richard—. Tras el fallecimiento de la madre de Mel, me concentré en mi hija y en el departamento para superar el dolor por la pérdida de Lauren. Nunca pensé que pudiera amar a otra mujer, así que no salí con ninguna. Al menos, no en serio.

Cole frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Le di todo mi amor a Melodie para compensar la pérdida de su madre. Quería asegurarme de que se sintiera amada, quería que tuviera lo mejor, y por eso la envié a colegios solo de mujeres, para que pudiera estar con amigas y comprender los cambios físicos que estaba experimentando. Deseaba que se concentrara en los estudios y que no se distrajera con otras cosas como los chicos y las fiestas. Solo

quería que tuviera la oportunidad de convertirse en la mujer inteligente que ahora es.

—Pues hiciste un gran trabajo con ella. Es una mujer muy capaz.

—Sí, es cierto, pero ahora me pregunto si no cometí un error. Me empeñé en enviarla a esos colegios solo para jovencitas, y aunque no se ha quejado nunca, siento que ha estado viviendo entre algodones y que no sabe gran cosa del mundo.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó.

—Cené con Melodie anoche y estuve a punto de caerme de espaldas cuando entró en el restaurante donde nos habíamos citado. Se ha cortado el pelo y llevaba una ropa tan llamativa que... bueno, casi no la reconocí.

Cole se alegró de no ser el único que había notado su transformación.

—No me malinterpretes —continuó Richard—. Tiene todo el derecho del mundo a utilizar sus... atributos. Pero Melodie no había cambiado nunca de forma tan repentina. Y no se trata solo de su aspecto. Hay algo distinto en ella. Y estoy seguro de que tú también lo has notado.

—Es difícil no notarlo —confesó.

Richard frunció el ceño y lo miró con atención.

—Quiero decir que es un cambio tan drástico que cualquiera lo habría notado —se apresuró a explicar Cole—. Pero ya sabes que las mujeres son imprevisibles. Seguro que solo está atravesando una fase nueva.

Richard asintió.

—Es posible. Sin embargo, odiaría saber que el problema es otro.

—¿A qué te refieres?

—Mel siempre ha sido muy sensata y ese cambio parece excesivamente rebelde en ella. Me preocupa que lo esté haciendo por algún hombre. Y si ese fuera el caso, quién sabe hasta dónde estaría dispuesta a llegar.

Cole sabía de sobra hasta dónde estaba dispuesta a llegar, pero obviamente no podía decírselo a su padre.

—¿Y qué sugieres?

—Necesito que me hagas un favor personal, Cole. Quiero que la vigiles por mí.

—¿Quieres que la vigile?

—Sé que Mel me mataría si lo supiera, pero no puedo evitarlo. Me preocupa y tú eres el único hombre que conozco que la cuidará y no intentará aprovecharse de ella.

Cole se estaba tomando un cacahuete y le faltó poco para atragantarse con él.

—Richard, Melodie es una mujer adulta...

—Lo sé, lo sé. Me lo he repetido una y otra vez, pero amo a mi hija y no quiero que termine herida si puedo evitarlo. Confía en mí. Lo entenderás mejor si algún día tienes hijos.

Tras haberse pasado media vida cuidando de Joelle y de Noah, Cole no tenía ninguna intención de tener hijos, pero conocía bien el instinto protector.

—Solo quiero saber que se encuentra bien —continuó Richard—. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto.

Su antiguo mentor suspiró con gratitud y sonrió.

—Sabía que podía contar contigo.

Cole se terminó su cerveza e hizo una seña a la camarera para que le llevara otra. Necesitaba beber bastante más. Proteger a Melodie tal vez no resultara tan complicado; solo tenía que mantener las distancias con ella. Pero había un problema mucho mayor: quién iba a protegerlo a él de su intención de seducirlo.

Capítulo 9

Melodie apretó el bolígrafo con fuerza y estuvo a punto de gritar de frustración al ver que Noah acompañaba a la salida a otra mujer.

—Aún tenemos que entrevistar a varias mujeres más —explicó Noah a la pelirroja—. Pero Cole se pondrá en contacto contigo si decide contratarte.

La pelirroja sonrió y pasó una uña por encima de la camiseta de Noah.

—Te agradezco que te preocupes por mí. Aunque no me contrate, llámame cuando quieras.

Noah sonrió a su vez.

—Lo recordaré, Heather.

Cuando la mujer se marchó, Melodie miró a Noah con cara de pocos amigos y él la malinterpretó.

—Eh, no he dicho que vaya a llamarla...

—Espero que alguna vez te encuentres con una mujer que consiga ponerte de rodillas.

—Ya lo han conseguido, muchas veces —dijo, con un brillo de malicia en los ojos.

Melodie se ruborizó.

—Me refería a una mujer que te ponga en tu sitio, que consiga despertar verdadero amor en ti, que te reforme y te aleje de tu vida de playboy.

Noah rio.

—¿Esa frase la has sacado de alguna mala novela? —preguntó con ironía.

Mel no dijo nada. Estaba de muy mal humor porque quería

estrangular a Cole.

—¿Se puede saber qué te ocurre hoy, Mel? ¿Alguien te ha molestado?

—En este momento, tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Seguro que la idea de entrevistar a esas mujeres que no dejan de llegar en los últimos dos días fue tuya.

—Me limito a seguir las órdenes del jefe. Cole me pidió que encontrara a una mujer para que lo acompañe a la subasta y lea las cartas de Russell. Y eso es exactamente lo que pretendo conseguir.

Ella deseó pedirle que no lo intentara con demasiadas fuerzas, pero sabía que Noah era completamente inocente en el asunto. Se limitaba a cumplir órdenes de su hermano y se había enfadado con él solo porque se encontraba cerca.

—Será mejor que Cole encuentre a alguien, y pronto —dijo Noah—, porque me estoy quedando sin candidatas.

Melodie pensó que su jefe había dejado bien claro que no la quería para el puesto. Era su oportunidad para demostrar que podía ser una buena detective, pero él insistía en negársela. Además, durante los últimos días había mantenido las distancias con ella a pesar de que Mel había dejado más cartas eróticas en su maletín y en su escritorio. Estaba segura de que las había leído, pero no había logrado su objetivo.

Miró el reloj que tenía sobre el escritorio. Eran las cinco y cinco de la tarde del viernes y sentía la urgente necesidad de hacer algo frívolo y alocado. Esta vez no quería pasar la noche sola en casa, leyendo un libro o viendo la televisión. Quería probar su nueva forma ser y ver hasta dónde podía llevarla.

—Me voy —dijo de repente.

—¿Y a dónde vas? —preguntó Noah.

—Creo que voy a salir a divertirme un poco. ¿Conoces algún buen sitio para conocer hombres?

Noah la miró con sorpresa.

—Me temo que no. No me dedico a las personas de mi propio sexo —bromeó.

—Me refiero a un lugar apropiado para que se conozcan hombres y mujeres...

El hermano de Cole se cruzó de brazos.

—¿Por qué quieres ir a un sitio como ese?

—Me parece obvio. Estoy cansada de ser una buena chica y quiero divertirme y que me traten como a la mujer que soy. Así que, si no puedes recomendarme ningún sitio, lo encontraré yo sola.

—No creo que sea buena idea que salgas sola por ahí —dijo, incómodo.

—Es una gran idea. Y como no estás dispuesto a ayudarme, no me dejas otra opción.

Melodie caminó hacia la salida, pero Noah la tomó suavemente de un brazo.

—Está bien, está bien. Dado que no puedo convencerte de lo contrario, me aseguraré de que al menos vayas a un lugar donde no correrás peligro. Hay un sitio llamado Paxton que abre a las ocho. Es un lugar moderno y la seguridad es bastante buena.

—Gracias, Noah —dijo, sinceramente agradecida por su preocupación—. Que tengas un buen fin de semana. Yo espero tenerlo...

Capítulo 10

Cole entró en recepción poco después. Llevaba un informe para dárselo a Melodie y frunció el ceño al comprobar que no estaba en su oficina.

— ¿Dónde está Mel? — preguntó a Noah.

Noah se encontraba junto a la ventana, mirando hacia la calle y se volvió hacia su hermano con gesto de preocupación.

— No estoy seguro de que quieras saberlo.

— ¿Y eso?

— Digamos que a Melodie no le ha gustado que entrevistes a todas esas mujeres para el puesto de trabajo. Y me ha dicho que quiere divertirse y que la traten como a una mujer adulta. Son sus palabras, no las mías.

Cole se frotó las sienes. Empezaba a dolerle la cabeza.

— Sigues sin decirme dónde está.

— Me ha pedido que le recomendara un lugar para conocer hombres. Así que le he recomendado Paxton.

Cole se enfadó muchísimo. La idea de que Melodie pudiera bailar y beber con otros hombres, sin inhibiciones, le irritó.

— ¿Por qué diablos has hecho algo tan estúpido?

Noah arqueó una ceja.

— Cole, parece mentira que no me conozcas. Es lo mejor que podía hacer, ya que estaba dispuesta a marcharse a cualquier sitio parecido con o sin mi ayuda. Dejé bien claro que buscaría uno ella misma si no le recomendaba un buen local. Así que le di un nombre porque supuse que de ese modo sabrías dónde está y podrías controlarla.

—¿Y qué te hace pensar que quiero hacer algo así?

—Tal vez no quieras, es cierto —comentó, observándolo con detenimiento—. En cualquier caso es una mujer adulta y puede hacer lo que estime más conveniente.

Cole no soportaba que Melodie hubiera salido para conocer a otros hombres. Pero sabía lo que debía hacer. Le había hecho una promesa a Richard.

—Maldita sea... —masculló, entre dientes.

Cole regresó a su despacho, lo apagó todo y cerró la puerta para marcharse.

—Vas a hacer lo correcto, hermano —comentó Noah.

—Ya. Como si tuviera otra opción.

Noah rió y su hermano dijo:

—Veo que te estás divirtiendo mucho a mi costa.

—Sí, supongo que sí. Pero ten cuidado con Melodie esta noche. Parece que tiene ganas de fiesta y está en pie de guerra.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedes creer que me ha dicho que espera que alguna mujer consiga reformarme?

—¡Ja! Eso no sucederá nunca —dijo Cole, con cierto cinismo—. Eso es tan probable como que yo me case y tenga hijos.

Cole no tenía intención de hacer ni lo uno ni lo otro a corto plazo. En cambio estaba decidido a ser el protector de una mujer enormemente atractiva y obstinada.

Capítulo 11

Cole avanzó entre la multitud que se agolpaba en el Paxton. La música estaba muy alta y no mejoró su dolor de cabeza. Además, los repentinos cambios de iluminación impedían que viera a demasiada distancia.

El Paxton era un buen sitio para pasar una noche de viernes. Era un lugar animado y con buen ambiente, lleno de mujeres atractivas. Pero resultaba más apropiado para Noah que para el más serio Cole. Él prefería diversiones tranquilas, como tomar una cerveza en Murphy o descansar en casa.

Mientras avanzaba, algunas mujeres lo miraron como si fuera un pastel que quisieran devorar, e incluso alguna se atrevió a tocarlo. En determinado momento sintió que alguien le ponía una mano en el trasero, pero había tanta gente y estaba tan junta que no pudo averiguar quién había sido.

Se acercó a la barra, pidió un refresco y echó un vistazo a su alrededor. Veinte minutos más tarde, localizó finalmente a Melodie en otra de las tres barras abiertas del establecimiento. De inmediato le alegró que hubiera decidido ir al local recomendado por Noah en lugar de marcharse sola a buscar un club por su cuenta.

Estaba hablando con el camarero. Cole caminó hacia ella y observó que se había puesto un vestido muy ajustado. Marcaba totalmente sus formas y no se notaba ninguna arruga por debajo. Era como si no llevara sujetador. Ni braguitas.

Sintió un intenso deseo y frunció el ceño al observar que llevaba algo en uno de sus hombros desnudos. Al acercarse, comprobó que era una mariposa. Se había hecho un tatuaje, probablemente como

forma de declarar su rebelión personal y su independencia.

Se sintió parcialmente responsable por haber provocado aquella nueva actitud con sus negativas. Se estaba volviendo cada vez más desafiante con tal de demostrar que era una mujer adulta, y en aquel mismo momento estaba a punto de conseguir un nuevo éxito con un hombre rubio que se encontraba sentado a su lado.

Melodie abrió su bolso para pagar la copa que había pedido, pero el desconocido se adelantó y la invitó. Cole sintió un nuevo ataque de celos.

No podía oír lo que estaban hablando. En determinado momento, él dijo algo y ella empezó a reír. Después, el hombre puso una mano en la espalda de la mujer y la llevó hacia una mesa que se encontraba en la parte posterior del club, donde ya estaban sentados otros dos individuos, obviamente amigos del primero.

Cole adivinó que la situación podía ser problemática y se ocultó no muy lejos, entre la gente, en un lugar donde podía vigilarla con cierta facilidad.

Pasó hora y media observándola. Hasta entonces, ninguno de los presentes había intentado sobrepasarse con ella, aunque había notado que de vez en cuando la rozaban y que Melodie se movía de un modo en extremo sensual cuando salía a bailar a la pista con alguno de sus acompañantes. Él lo estaba pasando muy mal. Pero ella se estaba divirtiendo.

Había contado las copas que se había tomado. Ya estaba por la sexta y él decidió apurar su tercer refresco. Entonces, se volvió para dejar el vaso vacío en la barra y cuando quiso volver a mirarla, había desaparecido.

Frunció el ceño, nervioso, e intentó localizarla. Pasó varios minutos allí, cada vez más asustado, y temió que se hubiera marchado con ellos. Comenzó a pensar en todo lo que le podía suceder y sintió una terrible punzada en el estómago. Su propio padre le había pedido que cuidara de ella. Si le sucedía algo malo, no

sabría qué hacer.

Entonces, sintió la inconfundible sensación de un cuerpo femenino contra su espalda y acto seguido unas manos se cerraron sobre su cintura. Antes de que se pudiera girar, oyó una voz conocida.

—¿Estás buscando a alguien?

Era la voz de Melodie y se sintió inmensamente aliviado.

La tomó por las muñecas, todavía furioso por el mal rato que le había hecho pasar, y la atrajo hacia sí. Al sentir su contacto, se estremeció.

—No parece que te estés divirtiendo mucho —dijo ella.

—Al contrario. Lo estoy pasando muy bien. Pero, ¿dónde está tu acompañante?

—Se acaba de marchar con sus amigos.

—Pues creo que ya es hora de que tú también te marches.

—No tengo intención de marcharme —dijo, en tono de desafío—. Me estoy divirtiendo y además creo que tú también necesitas divertirte un poco.

—No estoy de acuerdo.

Ella parpadeó, divertida, y le acarició la cara.

—Estás muy tenso, pero creo que tengo la cura para tu problema. Ven a bailar conmigo.

—No.

Cole habló en voz tan alta que las mujeres que estaban cerca se volvieron para mirarlos, con curiosidad.

—Quiero bailar, Cole. Contigo.

Entonces, Melodie puso una mano sobre el cinturón de su pantalón y tiró de él. Cole solo tenía dos opciones: acompañarla a bailar o arriesgarse a que le desabrochara el cinturón y los pantalones en mitad de un local público.

Pensó que se había tomado seis copas y que probablemente era capaz de hacerlo, de modo que optó por seguirla a la pista de baile. A

Cole nunca le había gustado bailar y decidió que no iba a empezar a gustarle entonces. Pero aquello no fue exactamente un baile. Había tanta gente que apenas tenían sitio para maniobrar y ella aprovechó la ocasión. Pasó los brazos alrededor de su cuello, se pegó a él tanto como pudo y comenzó a frotarse contra su cuerpo, de una forma intensamente sexual.

—Baila conmigo, Cole. Quiero sentir tu cuerpo contra el mío.

Su sugerente invitación derribó todas las barreras de Cole. El detective no sabía cómo se las arreglaba aquella mujer para destrozarse todas sus buenas intenciones, pero pasó una mano por detrás de su espalda e introdujo una pierna entre sus muslos.

—Sí —dijo ella, con tono sensual.

Mientras se movían, él la frotaba con la pierna al ritmo de la música. Nadie les prestaba atención y la situación resultaba peligrosa y muy excitante. Melodie se arqueó contra él y la respiración de Cole se aceleró al sentir que ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Notó la expresión de placer en su rostro, la tensión en sus piernas, y absorbió en su propio cuerpo el estremecimiento de Mel.

Había sido un momento muy erótico. Pero él seguía tan insatisfecho como siempre. Melodie podía permitirse el lujo de tener un orgasmo en un local público. Él, como hombre, no podía hacerlo sin que nadie lo notara y no tenía más remedio que esperar hasta más tarde, cuando pudiera encargarse a solas del problema.

Melodie lo miró con una inmensa sonrisa y lo abrazó con fuerza, de tal modo que pudo ver claramente el tatuaje de su nombre.

—Será mejor que nos marchemos ya —dijo él—. Y te agradecería que no montaras ninguna escena.

—No quiero marcharme, Cole.

—Ya es hora de que te acuestes, corazón. Vamos, te llevaré a casa...

—Márchate tú. Estoy empezando a divertirme y pretendo quedarme hasta que cierren el local.

—De eso nada —espetó.

Ella apretó los labios, con gesto de obstinación.

—Nadie te ha pedido que cuides de mí.

Cole rió con ironía.

—Alguien tiene que asegurarse de que no acabes borracha y tirada en cualquier esquina entre este lugar y tu casa.

—No estoy borracha —declaró, indignada.

—Claro que no —dijo con sarcasmo—. Qué tonterías digo. Te has tomado seis copas en dos horas, pero no estás borracha.

Cole la empujó entre la multitud y poco después salieron a la calle.

—¡No puedes hacer esto! No puedes sacarme de un local contra mi voluntad —gritó, muy enfadada.

Uno de los porteros que estaba en el exterior, fumándose un cigarrillo, se acercó con la evidente intención de ayudar a una dama supuestamente en apuros.

Cole reaccionó con rapidez para evitar males mayores. Sacó su placa de detective privado y se la enseñó como si fuera un policía.

—Es mi hermana. Y para su información, es menor de edad y no puede entrar en locales nocturnos.

—Eh, lo siento, no sabíamos que fuera menor de edad. De haberlo sabido, por supuesto que no habríamos permitido que entrara...

Melodie volvió a protestar.

—¡No soy menor de edad!

—No, con ese carnet de identidad falso que llevas, no lo eres —mintió Cole, antes de volver a dirigirse al portero—. Por esta vez no voy a hacer nada, pero si vuelve a ocurrir, puede estar seguro de que llamaré a los federales para que hagan una redada en este sitio. Y dudo que a su jefe le agrade la idea.

El portero volvió a disculparse y Cole aprovechó la ocasión para llevar a Melodie hacia el aparcamiento.

—No puedo creer lo que acabas de hacer —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—No quería tener más problemas de los que ya me has causado.

—¿Yo? Todo iba bien hasta que has aparecido.

Cole gruñó. Ni siquiera podía imaginar lo que habría pasado si no la hubiera encontrado en el Paxton. Tal vez se habría marchado con alguno de los hombres que había conocido.

Abrió la portezuela de su vehículo y la obligó a entrar sin dejarle más opción que obedecer. Pero Melodie volvió a salir.

—No voy a marcharme a ninguna parte contigo, Cole.

Cole no se lo pensó dos veces. Volvió a obligarla a entrar en el coche, se puso sobre ella para que no pudiera moverse, abrió la guantera y sacó unas esposas. La situación requería soluciones drásticas, de manera que la esposó a una barra del vehículo y acto seguido entró en él.

—Te aseguro que no me agrada que me trates como si fuera una delincuente —dijo ella, con obvio resentimiento.

—Solo pretendo mantenerte a salvo, dado que es obvio que tú no puedes.

—Esto es increíble. No puedo creerlo... ¿Y qué pasará con mi coche?

—Lo recogeremos mañana. Hoy no puedes conducir. Tu padre me mataría si tuvieras un accidente.

—¿Cómo?

Cole sabía que había metido la pata. Melodie no debía enterarse de la conversación que había mantenido con Richard.

—He dicho que no quiero que tengas un accidente.

—No estoy borracha —insistió—. Puedo cuidarme sola, así que déjame en casa.

Esa era la intención original de Cole, pero ahora no estaba seguro de que fuera buena idea. Cabía la posibilidad de que se metiera en la cama y se durmiera, pero era capaz de volver a

marcharse otra vez.

Recordó entonces las palabras de Richard. Había afirmado que él era el único hombre en el que podía confiar. Por tanto, no tenía más remedio que actuar en consecuencia.

Arrancó, dispuesto a enfrentarse a otra discusión con Melodie, y se dirigió a casa. Pero no a la de Mel, sino a la suya.

Capítulo 12

Melodie se pasó el viaje mirando por la ventanilla y haciendo caso omiso de su temperamental acompañante. Estaba realmente asombrada con su comportamiento. Por alguna razón creía que debía protegerla y lo estaba haciendo.

Suspiró al pensar que la noche no había salido como había imaginado. Y una vez más, por culpa de Cole.

Al principio, todo había ido bien. Matt y sus dos amigos la habían invitado a sentarse en su mesa y habían mantenido una agradable y divertida conversación. Pero no se sintió atraída por ninguno de ellos. En comparación con Cole, no eran gran cosa.

En realidad, no le había sorprendido encontrar a su jefe en el Paxton. A pesar de que la había seguido, se sentía más segura sabiendo que se encontraba en el local. E incluso ahora, mientras pensaba en lo sucedido en la pista de baile, no pudo evitar sonreír. Había sido una de las experiencias más eróticas de su vida.

Sin embargo, estaba confusa. No entendía la extraña actitud de aquel hombre. Vacilaba entre la cercanía y el alejamiento y en aquel mismo instante estaba sentado a su lado, impenetrable como una roca. Se preguntó si podría quebrar su resistencia y la idea le resultó fascinante.

Poco después, el vehículo se detuvo y Melodie frunció el ceño al comprobar que no estaban en su casa.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Esta noche te quedarás en mi casa. Quiero asegurarme de que no haces ninguna locura mientras sigas intoxicada.

—No estoy borracha, pero te ruego que me quites las esposas.

Me duelen los brazos y los hombros. Por Dios, no es necesario que me mantengas presa...

Cole sonrió.

—Recuerdo una época en la que eras dulce y encantadora. Nunca habría tenido que esposarte. Pero ahora te has convertido en un monstruo y no sé cuál será la próxima idea que se te ocurra.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Esposarme a la cama para asegurarte de que no me escapo?

—No me tientes —dijo, con voz ronca y sensual.

—Por favor, quítame las esposas.

—De acuerdo, pero compórtate bien.

Cole le quitó las esposas y ella se frotó las muñecas antes de salir del vehículo. Pero no caminó hacia la casa, sino calle abajo.

—¿A dónde crees que vas?

—A mi casa.

Mel intentó sacar su móvil para pedir un taxi, pero Cole se plantó ante ella y antes de que pudiera reaccionar se la cargó a la espalda como si fuera un saco de patatas.

De inmediato, comenzó a golpearlo. Pero no sirvió de nada.

—¿Se puede saber qué haces?

—Te llevo a casa.

—No puedes tratarme de esta manera.

—No tendría que hacerlo si te comportaras bien.

—¡Te morderé!

—Si lo haces, yo también te morderé a ti. Y te aseguro que tengo más fácil acceso a tu cuerpo que tú al mío. Si yo estuviera en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de hacer algo malo.

Sin soltarla, Cole abrió la puerta de la casa, encendió la luz y la llevó al segundo piso.

—¡Maldita sea, déjame en el suelo! No necesito que cuides de mí...

—Por la forma en que te has comportado en el Paxton, me parece

que te equivocas.

— ¿Y has decidido ser mi ángel de la guarda?

— Nunca he dicho que sea un ángel. Así que no juegues conmigo o tendrás que atenerte a las consecuencias.

— ¿Eso es una amenaza?

— Es una promesa. Y no estoy de humor para tonterías.

— Ni yo para soportar tu actitud. Esto apesta, Cole.

— Veo que tu lenguaje también ha empeorado...

— ¿Qué vas hacer? ¿Lavarme la boca con jabón?

Cole hizo caso omiso. La llevó al dormitorio y encendió la lámpara de la mesita de noche. Después, la dejó en el suelo con su bolso. Mel trastabilló y él tuvo que agarrarla para que no cayera.

— Creo que debería ponerte sobre mis piernas y darte lo que mereces por tu escandaloso comportamiento.

— ¿Ah, sí? —lo retó—. ¡Inténtalo si te atreves!

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró tumbada boca abajo sobre las fuertes piernas de Cole. Entonces, él puso una mano sobre su trasero y lo apretó como si probara su resistencia.

Ella se estremeció y pensó que lo había presionado demasiado. Al parecer estaba dispuesto a darle, exactamente, lo que se merecía.

Capítulo 13

Melodie se puso en tensión mientras esperaba, ansiosa, el primer golpe en su trasero. Pasaron varios segundos, pero en lugar de un golpe notó que le acariciaba suavemente las nalgas. Al colocarla sobre él, el vestido se había levantado y ahora estaba explorando sus muslos desnudos.

Cole respiraba con rapidez, como si estuviera en trance, y Mel podía sentir su erección bajo su cadera. Se mordió un labio y volvió a estremecerse. Tenía miedo de hablar y de romper el hechizo.

Al sentir sus dedos entre las piernas, las separó de forma instintiva para recibir sus caricias. No tardó mucho en sentir el contacto de sus dedos en su sexo, y gimió cuando comenzó a frotar su clítoris con movimientos circulares.

Al parecer, el orgasmo que había tenido en el Paxton no había acabado en absoluto con su hambre. Tuvo otro, rápidamente, y se arqueó contra su mano, dejándose llevar por las sensaciones que dominaban su cuerpo. Necesitaba más. Mucho más.

—Cole, por favor...

Cole parpadeó como si le hubieran dado una bofetada y volvió a la realidad.

—No. No —dijo.

—¿Cole?

Una vez más, se apartó de ella.

—Esto no puede suceder.

—Puede, si tú quieres. Nunca he deseado tanto a ningún hombre, Cole.

Mel no se lo pensó dos veces. Extendió una mano hacia sus

pantalones; después, los desabrochó y le bajó la cremallera. Pero antes de que pudiera enfrentarse a la enorme erección que le había provocado, la tomó de las muñecas y la alejó.

—Mel...

—No me lo niegues, Cole. Esta noche, no.

Se inclinó sobre él y frotó sus labios y su cara contra su sexo, aún atrapado bajo la ropa.

—Quiero tu sexo y te quiero a ti.

—No estás pensando con claridad...

—Mis ideas están perfectamente claras.

Cole rio.

—Lo dudo. En el club has bebido mucho más de lo que puedes soportar.

—Tenía sed —explicó.

—No me aprovecharé de ti. Estás borracha.

—Eres muy noble, Cole, insoportablemente noble. Es una virtud que suelo admirar en los hombres, pero no esta noche. Además, te diré que solo he tomado refrescos.

Cole frunció el ceño y ella decidió demostrarle que se había equivocado. Se acercó y lo besó para que pudiera probar el sabor de su boca.

—¿Lo ves? —preguntó, después—. No he tomado ni una gota de alcohol.

—Vaya. Lamento haberte acusado injustamente...

—Te perdono —dijo, con una sonrisa—. Pero a partir de ahora, no saques conclusiones tan apresuradas. Atente a los hechos.

—¿Estás dudando de mi capacidad profesional como detective?

—Solo te pido que no saques conclusiones apresuradas en lo que a mí concierne. Y, por cierto, no puedes aprovecharte de mí en algo en lo que soy una participante tan activa como lo eres tú.

Cole quiso decir algo, pero ella se lo impidió.

—No quiero más excusas —continuó, mientras acariciaba su sexo

—. Sé que deseas hacer el amor tanto como yo o tal vez más. ¿Estoy en lo cierto?

La mirada de Cole se oscureció.

—¿Cómo podría negar lo evidente? Tú misma puedes comprobarlo.

Melodie tomó el comentario de Cole por un permiso implícito. Introdujo una mano en su ropa interior y extrajo su pene sin que él protestara. Entonces, acarició la suave textura de su rígido miembro y descendió hacia sus testículos, fascinada con la súbita contracción de su abdomen.

Lo miró y la expresión de sus ojos la excitó todavía más. Necesitaba satisfacer aquella necesidad tan primaria.

—Nunca he hecho esto antes —confesó ella—. Dime lo que tengo que hacer. Dime lo que te gusta.

Melodie jamás se había comportado sexualmente de un modo tan activo con un hombre y se estaba jugando mucho. No estaba dispuesta a perder aquella oportunidad.

Cole llevó la mano de Mel a su boca y le lamió la palma y los dedos para humedecerlos. Después, la llevó de nuevo a su sexo y le contó lo que le gustaba, cómo quería que lo tocara. Ella comenzó a masturbarlo de forma rítmica y él se dejó llevar, estremecido.

La mujer quería probarlo todo. Tenía la impresión de que tal vez no se le presentara otra oportunidad parecida, de modo que se incorporó un poco y frotó sus caderas contra el pecho de Cole. Él se inclinó hacia delante y ella empezó a lamerle los pezones. Después, Melodie bajó lentamente hacia su entrepierna y lamió su pene.

—Dime lo que debo hacer, Cole...

—Ponme en tu boca. Tan dentro como puedas.

Ella lo hizo. Comenzó a chuparlo mientras Cole acariciaba su cabello, animándola con dulzura a devorarlo. Melodie no se resistió a sus instintos. Se entregó a ello con verdadero placer y no perdió el tiempo cuando segundos más tarde le quitó los pantalones y los

calzoncillos y los arrojó a un lado.

—Creo que tengo demasiada ropa encima —declaró ella.

—No te preocupes, yo me encargo de eso.

Cole se colocó sobre ella, aunque sin apoyar el peso en su cuerpo, y le fue quitando el vestido entre besos y mordiscos. Pero era un proceso demasiado lento y Mel decidió ayudarlo. Tiró hacia abajo y expuso sus senos al fresco aire de la habitación. Acto seguido, guió la boca de Cole hacia sus pezones y él aceptó el reto.

No tardó mucho tiempo en quedarse sin más protección que las braguitas. Durante un instante, sintió una repentina inseguridad y le tomó de la mano para detenerlo. Sabía que cuando se las quitara, ya no podría ocultarse.

—Tú has empezado esto —dijo él—. Quiero probarte. Quiero probar toda tu piel.

Por fin, la última prenda desapareció y Cole tuvo total acceso a su cuerpo, a su corazón y a su alma.

Separó sus muslos con dulzura y lamió su sexo antes de comenzar a jugar con sus piernas, mordiéndolas de forma extremadamente sensual. Ella alzó las caderas en un gesto reflejo y sintió que Cole introducía un dedo en su vagina, como prelude de lo que estaba a punto de suceder. Melodie podía sentir su propia humedad y se aferró con todas sus fuerzas a la cama cuando la lengua de su amante le provocó una ola de calor y de explosivas contracciones.

Cole se incorporó un poco. Sin embargo, no la penetró de inmediato como ella esperaba. En lugar de eso, besó sus párpados, sus sienes y su mandíbula, como si hubiera notado que necesitaba sentirse un poco más segura.

—Maldita sea... —dijo entonces.

—¿Qué ocurre, Cole?

—Lo siento, Mel —dijo, terriblemente decepcionado—. No tengo preservativos y no quiero dejarte embarazada.

Ella sonrió.

—Descuida. Yo sí tengo.

—¿Cómo?

—Están en mi bolso. Hay media docena. Esperaba tener suerte contigo y quería estar preparada —explicó.

—¿Cómo sabías que íbamos a acostarnos?

—No lo sabía. Solo lo esperaba. Bueno, tal vez era algo más que un deseo —rio—. Pero deja de hablar o estropearás el momento con tus preguntas.

—Desde luego vamos a tener que hacer algo con tu afilada lengua —dijo él, sonriendo.

Cole alcanzó los preservativos y abrió uno de los pequeños paquetes. Ella se estiró como una gata y lo observó mientras se lo ponía.

—Estoy segura de que puedes encontrar algo interesante que hacer con mi lengua.

—No lo dudes.

Cole no perdió más el tiempo. Se puso sobre ella y la penetró con un movimiento duro y repentino. Mel se arqueó, completamente dominada por el deseo.

—Oh, no me digas que eres virgen...

—No lo soy, tranquilo. Sencillamente, hace tiempo que no hago el amor.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos tres años. Pero me parece que el problema no soy yo, sino tú.

—¿Yo?

—Sí, digamos que es la primera vez que me enfrento algo tan grande... Pero no me quejo. Creo que podré acostumbrarme a su tamaño.

—Me alegro, porque es tan maravilloso que no creo que pueda esperar mucho más.

Ella alzó entonces sus piernas y las cerró alrededor del cuerpo de su amante, animándolo a moverse.

Los ojos azules de Cole brillaron y por fin abandonó su legendario autocontrol. Comenzó a moverse con fuerza, sin ninguna dulzura, sin lentitud, tan inflamado por el deseo como ella. Su pecho rozaba los senos de la mujer y Mel se arqueaba y se movía contra él, aumentando la tensión poco a poco, hasta que nuevamente alcanzó el orgasmo. Entonces, él echó la cabeza hacia atrás, gimió y se colapsó sobre ella.

Melodie lo abrazó mientras saboreaba el momento. Cerró los ojos, sospechando que pasaría pronto, que la realidad regresaría en cualquier instante y que de nuevo se encontraría ante el serio y responsable Cole.

Hacer el amor con él había sido todo un sueño. Solo había un problema: ella sentía algo más que deseo por Cole. Pero su jefe no le había hecho ninguna promesa en absoluto y además sabía que no tenía intención de mantener una relación con nadie.

Había conseguido a Cole Sommers. Y ahora, no sabía cómo podría dejarlo marchar.

Capítulo 14

Cuando Cole despertó a la mañana siguiente, se encontró solo en la cama. Las sábanas estaban revueltas y de inmediato recordó lo sucedido.

Había hecho el amor con Melodie. Y no solo una vez, sino tres increíbles veces. De hecho, resultaba evidente que seguía deseándola, a juzgar al menos por la erección con la que se había despertado.

Se preguntó qué pasaría ahora. Si aquello cambiaría su relación. Si Richard lo despreciaría al averiguar lo que había hecho con su hija. Se sentía inseguro y no tenía respuestas para nada.

Suspiró, incapaz de comprender que al final se hubiera dejado llevar de aquella manera por el deseo y hubiera olvidado todas sus buenas intenciones. Sin embargo, no podía negar que acostarse con ella había sido lo más natural del mundo, como si de repente tuviera todo lo que faltaba en su vida: el cariño, la comprensión y la complicidad sexual.

Entre ellos existía una conexión emocional que jamás había experimentado con ninguna otra mujer. Había desarrollado hacia ella unos intensos y posesivos sentimientos que siempre había rechazado porque había contemplado, en la figura de sus padres, lo que podían provocar.

Tocó el espacio vacío que había quedado en el lecho y se sintió muy decepcionado. Las sábanas estaban frías, lo que indicaba que Melodie se había marchado hacía un buen rato. Supuso que habría tomado un taxi y se dijo que no quería que aquello fuera una cuestión de una sola noche; le habría gustado que permaneciera con él.

Todavía no había asumido lo sucedido la noche anterior. Mel se había entregado por completo, sin exigencias, sin limitaciones ni demandas emocionales. Y sin embargo, se sentía extrañamente molesto por su repentina soledad.

Se sentó en la cama y entonces vio que su secretaria había dejado una nota sobre la almohada:

Anoche me llenaste con tu contacto, pero ahora, cuando amanece, te sigo deseando. Nunca me cansaré de ti.

Tu aroma aún permanece en mi piel, excita mi deseo y me deja sin respiración... Nunca me cansaré de ti.

Tus abrazos apasionados despertaron un fuego en mi alma, uno que todavía arde, brillante y cálido. Nunca me cansaré de ti.

La carta era corta, sencilla y tan expresiva que sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. Entonces, oyó pasos en las escaleras y frunció el ceño. Evidentemente, no estaba solo como creía. Segundos después, Melodie entraba en la habitación con dos tazas de café y una sonrisa en los labios.

En lugar de ponerse el vestido que había llevado la noche anterior, se había puesto una de sus camisas.

Tenía el pelo revuelto y sus labios todavía estaban ligeramente enrojecidos por los besos. Pero su rostro fue lo que más le llamó la atención a Cole. Era tan bella que estaba incluso más atractiva sin maquillaje.

—Buenos días —dijo Mel.

—Aún sigues aquí...

—Anoche insististe en que me quedara. Pero puedo marcharme cuando quieras.

—Lo siento, no pretendía insinuar eso. Es que me he despertado y he pensado que te habías ido.

—Ya estás sacando conclusiones apresuradas otra vez.

—Sí, es un mal hábito que tendré que quitarme —dijo, mientras colocaba unas almohadas para que pudiera sentarse en la cama—.

Pero ven a tomar el café a mi lado.

Ella lo hizo.

—Espero que no te sientas culpable por lo que pasó anoche — declaró Melodie.

—Yo...

—No te atrevas a decir que fue un error o que te arrepientes de ello, porque no te lo voy a consentir.

Cole suspiró. No se arrepentía de nada, pero aún pensaba que debía hacer algo para detener aquella locura.

—No volverá a suceder.

—¿Estás seguro de eso? Mira, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo antes de marcharme.

—¿De qué se trata?

—Quiero trabajar en el caso Russell y acompañarte a esa subasta.

Cole iba a abrir la boca para protestar, pero no lo hizo. En lugar de eso, expresó otra preocupación bien distinta.

—¿Te has acostado conmigo con la esperanza de que cambiara de opinión sobre ese asunto?

—He dormido contigo porque me siento atraída hacia ti. Además, sé que no cambiarías de opinión por una razón semejante. Pero quiero demostrarte que puedo hacer el trabajo. Estoy familiarizada con el caso, soy muy capaz de hacer el papel de tu acompañante y desde luego ya sabes que puedo leer una carta erótica. Así que te pido que me concedas una oportunidad y dejes de intentar contratar a mujeres con varios kilos de silicona en el cuerpo.

Cole rió ante la descripción de las mujeres que había buscado Noah.

—¿Por qué lo deseas tanto?

—Porque me gusta la investigación y quiero desempeñar un papel más activo en la agencia. Además, he descubierto que me gusta traspasar la línea del decoro de vez en cuando. Ser sensata y práctica puede resultar útil en ocasiones — declaró, echándose el pelo hacia

atrás—, pero la aventura es mucho más emocionante e interesante.

—Ya te he advertido que podría ser peligroso. Si nos ven, Thornton tendrá todo el derecho del mundo a presentar cargos contra nosotros y es posible que pasemos la noche en una celda. Tu padre no me lo perdonaría jamás.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien me preocupe por lo que piense mi padre?

—Porque me pidió que cuidara de ti y no quiere que resultes herida de ningún modo. Si te pasara algo, me sentiría responsable.

Ella suspiró con impaciencia.

—Te absuelvo de toda responsabilidad en lo relativo a mí, Cole. Y estoy dispuesta a decirle lo mismo a mi padre, si eso te ayuda a que te sientas mejor.

—¡No! —exclamó, de súbito—. Mantén a tu padre lejos de esto.

—Exactamente. Estoy de acuerdo. Así que deja que te acompañe y será nuestro pequeño secreto.

Cole la miró con ojos entrecerrados, pero al final, sonrió.

—¿Por qué tengo la sensación de que intentas chantajearme?

—No es ningún chantaje. He trabajado duro estos años y merezco que me des esta oportunidad. Considéralo como una especie de ascenso, si quieres. Soy perfecta para el trabajo y creo que tú también lo sabes. De lo contrario, ya habrías contratado a alguien.

Él la miró y pensó que estaba en lo cierto. Probablemente, había rechazado de forma inconsciente a todas las candidatas porque esperaba que fuera Melodie quien finalmente lo acompañara.

—¿Y bien? ¿Qué dices, Cole? Te aseguro que no te decepcionaré.

Cole estaba seguro de eso.

—Está bien. El puesto es tuyo.

Melodie se arrojó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—¡Gracias, gracias, gracias!

El cuerpo de Cole respondió automáticamente al contacto de su amante. Extendió una mano por su espalda, hacia sus caderas, pero

ella lo miró con intensidad y detuvo el momento.

—Te prometo que no te arrepentirás de haber tomado esa decisión.

—Bien, pero recuerda que yo soy el jefe y que debes obedecer sin hacer preguntas.

—Lo haré.

Entonces, ella se levantó, dejándolo solo, y caminó hacia el cuarto de baño.

—Me vestiré para que puedas llevarme a recoger mi coche. Estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer y no me gustaría molestarte.

Cole no tenía nada que hacer. Solo trabajo, pero podía retrasarlo hasta el lunes. Cuando Melodie cerró la puerta del cuarto de baño, tuvo la impresión de que acababan de rechazarlo.

Se estiró, confuso por lo que había pasado durante la última media hora. No habían hablado sobre la posibilidad de mantener una relación, ni habían realizado mención alguna sobre la nota que Mel le había dejado en la cama. Era como si su experiencia sexual nunca hubiera sucedido.

Aquella mujer se le había metido en la piel y ya no sabía lo que podía esperar. Era un enigma, imprevisible y espontánea, una criatura llena de sensualidad y secretos que lo seducía y lo hechizaba.

Además, después de hacer el amor con ella, sospechaba que no podría volver a resistirse a la tentación.

Capítulo 15

—¿Cómo has conseguido convencer a mi hermano para que te permita acompañarlo en el caso Russell? —preguntó Joelle a Melodie.

—Solo tuve que convencerlo de que soy la mujer adecuada para el puesto —respondió Melodie, mientras se miraba en el espejo del probador de una tienda—. Y debo decir que ha sido divertido.

Jo y Mel estaban de compras, y en aquel momento charlaban a través de la cortina que cerraba el probador.

—Estoy segura de ello. Y te admiro. Convencer a un hombre como Cole no es nada fácil. Aunque tendría que estar ciego para no haber notado cuánto has cambiado en la última semana y media.

Melodie pensó que Cole había notado muchas más cosas que eso y mucho más de lo que su hermana podía imaginar. La había visto desnuda, dominada por la pasión bajo su fuerte y duro cuerpo. La había visto desinhibida y más vulnerable que nunca. Y había compartido con él aspectos de su personalidad que jamás había compartido con nadie.

Por otra parte, estaba convencida de que a Cole le gustaba combinación entre la secretaria que había conocido y la nueva mujer, pero en aquel momento se preguntó si seguiría interesándole cuando terminaran el caso y ya no actuara de un modo tan llamativo. Le agradaba actuar de forma sensual y atrevida. Sin embargo, empezaba a sospechar que debía encontrar un punto de equilibrio entre su anterior comportamiento y el actual.

Se miró de nuevo en el espejo. Le encantaba el contacto de la seda en la piel, un lujo que había empezado a disfrutar

recientemente con la lencería y las prendas que había comprado. Además, la sensación le recordaba las caricias de su amante.

—Creo que el negro no me queda bien. Me probaré el otro — dijo.

—De acuerdo, pero tómate tu tiempo. Esta silla es muy cómoda y aún no he echado mi siesta.

Mel rió.

—El niño que esperas es una excusa perfecta para comer y para dormir, según veo.

—Será mejor que duerma ahora. Por lo que me han dicho, no tendré mucho tiempo para dormir cuando nazca.

Melodie se puso el segundo vestido, que le quedaba bastante bien, y se paso las manos por los senos. Habían transcurrido cinco días desde que habían hecho el amor y ninguno de los dos había mencionado nada sobre lo sucedido, aunque la tensión se mantenía entre ellos.

Sonrió en secreto, porque estaba aplicando el viejo truco de hacerse la difícil, en la convicción de que la gente deseaba más lo que resultaba difícil de obtener. Ya le había demostrado lo que compartían física y emocionalmente, y ahora pretendía dejar que esas acciones hablaran por sí mismas. Quería darle tiempo y espacio para pensar. Y aunque resultaba evidente que su comportamiento lo confundía, la táctica parecía haber funcionado.

Se había visto obligada a hacer verdaderos esfuerzos por no besarlo. Sin embargo, no había podido evitar coquetear con él y mirarlo de forma seductora. Además, se las había arreglado para no hacer nada que pudiera levantar de nuevo sus barreras o alejarlo.

Salió del probador, se plantó ante su amiga y preguntó:

—¿Qué te parece?

—Me gusta, pero creo que podrías encontrar algo mucho mejor.

—Sí, tienes razón. Lo que estropea el vestido es esta flor.. Le da aire a vestido de novia.

—Es verdad —sonrió—. Pero dime, ¿qué tal va el caso Russell? He visto a Elena varias veces en el despacho.

—Ah, sí, nos ha dado todo tipo de detalles sobre la mansión y sobre dónde buscar las cartas.

—Si no quiere que Cole las lea, deben de ser muy fuertes...

Melodie entró de nuevo en el probador, se quitó el vestido y decidió intentarlo de nuevo con la última prenda, un vestido de color negro, de un suave terciopelo.

—Supongo que piensa que las cartas son demasiado personales para compartirlas con nadie.

Mel comprendía perfectamente que Elena quisiera que no cayeran en manos de un hombre. Sus propias cartas a Cole eran tan íntimas y provocativas que estaban escritas solo para sus ojos.

El vestido le encantó. Se amoldaba perfectamente a su cuerpo y tenía una abertura en la falda que dejaba ver una buena porción de una de sus piernas cuando caminaba. Se miró en el espejo, se echó el pelo hacia arriba y dejó caer unas mechas.

Definitivamente, era el vestido adecuado.

En aquel momento, descubrió algo que no había sabido hasta entonces. A pesar del aspecto conservador que había mostrado durante tantos años, siempre había sido una mujer sensual en su interior. Y ocurriera lo que ocurriera con Cole, le estaría eternamente agradecida por haberle dado el coraje suficiente para actuar como una mujer independiente y decidida.

Capítulo 16

Cole contempló la desnuda espalda de su amante mientras avanzaban entre los invitados a la subasta de la mansión de Thornton. Había algo distinto en ella aquella noche y todavía no había descubierto de qué se trataba.

Cuando había llegado a su casa aquella noche, para recogerla, se había quedado totalmente enamorado de la mujer que le abrió la puerta.

Estaba maravillosa con aquel vestido negro de terciopelo y el pelo algo levantado y con mechassueltas, que dejaba ver la esbelta columna de su cuello.

Era la mujer más refinada y bella que había conocido nunca, pero también la más encantadora y dulce, como demostró durante las conversaciones con los invitados a la subasta.

Su inteligencia la hacía mucho más atractiva, y su limpia risa llamaba la atención de todos los hombres. Era la cita perfecta y se sentía muy afortunado por ser él quien la llevara del brazo.

Lamentablemente, también estaba condenado a sentirse excitado todo el tiempo. En cualquier instante y sin previo aviso, lo asaltaban imágenes eróticas sin que pudiera evitarlo. Estaba a punto de perder el control y tenía miedo de no poder controlarse.

Cuando anunciaron que la subasta iba a comenzar en diez minutos, Melodie le preguntó con voz dulce:

—¿Quieres bailar conmigo?

—Solo si te comportas bien esta vez...

—¿Realmente esperas que haga una promesa así y que la mantenga? —contestó mirándolo con una inocencia que contradecía

el brillo de sus ojos.

Su coquetería bastó para que el pulso de Cole se acelerara.

Camaron hacia el centro de la pista y comenzaron a bailar entre la gente.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con el tatuaje que tenías en el hombro?

—Solo era un tatuaje temporal. Una de esas calcomanías que se compran en las tiendas. No habrías pensado que me había hecho un tatuaje de verdad, ¿no es cierto?

Él rió.

—Bueno, sí, pensé que era de verdad. Sobre todo teniendo en cuenta que te has comportado de una forma muy impulsiva en los últimos tiempos.

—Llevarlo una noche fue divertido, pero no creo que pudiera hacerme uno de esos permanentes. Entonces, ¿te gustó?

—Sí, era muy sexy.

Melodie sonrió de forma muy femenina, mientras le acariciaba la nuca.

—Pues esta noche llevo otro.

—Es obvio que en algún sitio que no puedo ver.

—No mientras lleve el vestido.

Cole comenzó a imaginar todo su cuerpo. La desnudó mentalmente y se preguntó si estaría en sus senos, o entre sus muslos, o en la base de su columna vertebral.

Carraspeó y preguntó:

—¿Estás preparada para desaparecer cuando comience la subasta?

—Tan preparada como puedo estarlo.

Cole la observó con detenimiento, buscando algún signo de preocupación. Pero no consiguió encontrarle ninguno.

—¿Estás nerviosa?

—En absoluto. De hecho, me siento mejor que nunca. ¿Tú

también sientes esta especie de excitación cuando trabajas en un caso?

—Todo el tiempo —respondió, con una sonrisa.

La canción que estaba tocando la orquesta concluyó en aquel momento y, por mucho que Cole deseara seguir bailando con ella, tenían un trabajo que hacer.

Los asistentes se colocaron alrededor del improvisado escenario para comenzar con la subasta. Jerry Thornton, un hombre distinguido de poco menos de sesenta años, tomó el micrófono y dio la bienvenida a todos los presentes.

—Ya podemos marcharnos —murmuró Cole.

Cole la alejó de la multitud y con la excusa de buscar un cuarto de baño se alejaron por un corredor que llevaba al ala oeste de la mansión, tal y como les había indicado Elena.

Saludaron a las pocas personas que se encontraron por el camino y bajaron rápidamente al piso bajo. Una vez allí, giraron a la derecha en el primer pasillo y entraron en la tercera habitación a la izquierda.

La biblioteca era enorme, con estanterías que llegaban hasta el techo, repletas de libros, y un gigantesco escritorio de caoba en mitad de una zona de descanso con dos sillones, un sofá y una gran chimenea.

Olía a tabaco y alguien había abierto el balcón, a través del cual se filtraba la luz de la luna. Resultaba evidente que Thornton tenía mucho dinero y que sabía cómo gastarlo.

—Elena dijo que la caja de cuero estaba en el estante inferior que hay junto a la chimenea —susurró Melodie.

Cole la siguió, sinceramente impresionado por su actitud. Estaba allí para encontrar la carta de una cliente y era obvio que se había concentrado totalmente en la labor.

Cuando encontraron la caja, la abrieron y sacaron las cartas de Elena.

—Esto ha sido ridículamente fácil — dijo ella, decepcionada.

—Ten en cuenta que Thornton no esperaba que nadie viniera a recuperar esa carta, así que es lógico que no la haya escondido.

—De todos modos, debería haber sido más cauto. Dame la linterna para que pueda leerla.

Cole le dio la linterna. Sintió la tentación de leer la carta, a pesar de todo, pero no lo hizo.

Se concentró en los sonidos de la casa, atento a la posible aparición de cualquier persona. Pero no se oía nada. Nada, salvo la respiración de Melodie, cada vez más acelerada a medida que iba leyendo. Sus senos subían y bajaban y parecía completamente hipnotizada por las fantasías eróticas de Jerry y Elena.

—¿Has encontrado ya algo que nos pueda servir? —preguntó él, cansado de aquella espera.

—No, todavía no. Pero ahora comprendo que no quisiera que leyeras estas cartas. Son tan intensas que van a conseguir que me ruborice.

Por fin, unos minutos más tarde, exclamó:

—¡Aquí está, Cole! Por fin, he encontrado la carta que estábamos buscando.

—¿Estás segura? ¿Menciona que Thornton le regaló ese anillo?

—Por supuesto que sí. Lo dice al final. Dice que se lo regala como prueba de amor y que será suyo para siempre.

—Magnífico. Guarda la carta en tu bolso y vámonos de aquí antes de que llegue alguien...

Melodie guardó la carta y ya estaban a punto de salir cuando oyeron pasos en el corredor, acercándose.

—Maldita sea —murmuró él.

Rápidamente se tumbaron en el sofá que daba a la chimenea, de tal modo que nadie pudiera verlos desde la entrada.

Cole se colocó sobre ella, para protegerla.

—No muevas un músculo ni digas una sola palabra —le ordenó el detective.

Segundos más tarde se encendió una luz tenue; dos hombres entraron en la biblioteca y se dirigieron al otro extremo de la sala.

—Puedes elegir entre Churchill o Palma Larga. Son buenos puros en ambos casos —dijo el primero—. ¿Qué prefieres, Randall?

Cole reconoció la voz de inmediato. Era Thornton.

—Me quedaré con el Churchill.

—Buena elección.

Entonces, sintió que Mel empezaba a besarlo y se preguntó qué diablos era lo que pretendía. Pero la situación empeoró cuando le mordisqueó en una oreja.

Estaba excitándolo a propósito y le encantaba el juego. Sin embargo, ella debía de ser consciente de que no podía detenerla sin llamar la atención.

—Cuando los invitados se marchen, podemos subir, jugar una partida de póquer y tomar una copa de brandy —dijo Thornton.

—Siempre das las mejores fiestas del mundo.

—Eso me han dicho —rió el hombre—. Pero vamos a disfrutar de los puros en la terraza hasta que termine la subasta.

Mientras los dos hombres se alejaban hacia la puerta, Melodie lamió una de las orejas de Cole y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener un gemido de placer.

Era evidente que la lectura de las cartas la había excitado.

La luz se apagó de nuevo y se quedaron a solas. Cole esperó a que los pasos se alejaran y preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Mel?

—Nunca me cansaré de ti —se limitó a responder, en un susurro—. Te necesito, Cole. Quiero hacer el amor contigo aquí, ahora mismo.

Cole comprendió su necesidad porque él mismo llevaba toda la semana pensando en lo mismo.

Y no lo dudó. Solo sabía que no podía rechazarla. La deseaba demasiado.

Se sentó, la puso sobre el, le acarició el cabello y la besó con urgencia, de forma apasionada, dominado por una descarga de adrenalina que recorrió sus venas.

Ella gimió mientras le quitaba la chaqueta y se apresuraba a desabrocharle los pantalones. Entre tanto, Cole le levantó el vestido y le bajó las braguitas. Estaba ardiendo.

Quería tenerla ya, sin más esperas, así que sacó un preservativo de uno de los bolsillos del traje. Ella lo empujó y se acomodó sobre él antes de abrirse a su sexo.

Al sentirse en su interior, Cole dejó escapar un sonido gutural. Melodie cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a moverse sobre él, cada vez más rápidamente. Fue entonces cuando su amante vio el tatuaje, una pequeña hada justo junto al pubis, entre las piernas.

Acarició el dibujo mientras hacían el amor y Mel comenzó a sentir el orgasmo casi al mismo tiempo que su amante. Se besaron con más fuerza, moviéndose una y otra vez, más y más deprisa, más y más fuerte, más hondo todavía...

Por fin, él se deshizo en ella, entre espasmos. La cabeza le daba vueltas y pensó que nunca había experimentado nada parecido. Aquel deseo destrozaba todas sus defensas y le llegaba directamente al corazón.

A pesar de toda su resistencia, se había enamorado de Melodie. Ahora lo sabía y se asustó. Pero su pánico no fue mayor que cuando descubrió que habían hecho el amor sin el preservativo.

Capítulo 17

—Melodie, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? —preguntó Cole a través del intercomunicador.

El tono profesional de Cole alimentó la creciente frustración que había sentido desde que se apartara de ella en la biblioteca de la mansión de Thornton, el sábado por la noche. Pensó que no debía extrañarse, pero había tenido la impresión de que la besaba, la tocaba y la abrazaba de un modo distinto. No obstante, supuso que se habría equivocado.

El caso Russell había terminado. Y al parecer, su relación también.

—Enseguida voy.

Terminó de escribir el informe del caso y se lo llevó para que su jefe lo firmara. Se sentía profundamente decepcionada. Había hecho todo lo que estaba en su mano para demostrarle que lo que compartían iba más allá del deseo. Pero Cole no estaba dispuesto a admitir que la necesitaba. Tampoco estaba preparado para exponer su vulnerabilidad y sus emociones. Intentaba mantenerse apartado; justo lo contrario de lo que Mel quería.

Entró en su despacho con la decisión tomada de enfrentarse a él. Cole estaba sentado tras su escritorio, remangado, y la sonrisa de Melodie no sirvió para borrar su gesto de seriedad. Era como si no hubieran compartido nada.

—Aquí tienes el informe definitivo y la facturación del caso Russell. Elena parece muy satisfecha con nuestro trabajo.

Cole asintió.

—Estoy seguro de que esa carta servirá para que recobre su

reputación.

—Eso espero —dijo con sinceridad—, pero siento que las cosas no salieran bien entre Jerry y ella. Aquellas cartas estaban llenas de pasión.

—A veces la pasión no basta para sostener una relación.

—No, supongo que no, pero es buena base para levantarla. La pasión puede conducir al amor si una pareja está dispuesta a trabajar por ello.

Cole la observó con expresión distante.

—Supongo que ese no fue el caso de Jerry y Elena.

Melodie pensó que, en realidad, se estaba refiriendo a la relación que habían mantenido ellos. Y la idea de que todo hubiera terminado la afectó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su dolor.

—¿Me necesitas para algo más?

—Sí, para un par de cosas. Siéntate, por favor.

Mel se sentó. Sentía curiosidad.

—Quiero agradecer tu ayuda en el caso Russell y darte esto —dijo, mientras se inclinaba para tenderle un sobre—. Hiciste un gran trabajo el sábado por la noche. Actuaste de forma muy profesional.

—¿Qué hay en el sobre?

—Una paga extra por un trabajo bien hecho —respondió, recostándose en la butaca como si quisiera alejarse más de ella—. Te lo mereces.

Melodie sintió que la ira comenzaba a dominarla. No quería ni su gratitud ni su dinero. Se sentía usada y tirada y se preguntó si no sería una extraña estratagema de su jefe para sentirse menos culpable por haberse acostado con ella.

—Gracias.

Mel hizo ademán de levantarse, pero él volvió a hablar.

—También quería hablarte sobre otra cuestión. El sábado no utilizamos preservativo.

La mención de un hecho tan íntimo la sorprendió. Pero hablaba con tanta frialdad que parecía que se estaba refiriendo a una transacción económica.

Recordaba muy bien lo sucedido y no olvidaba la cara de preocupación de Cole. Habían cometido un grave error y por otra parte comprendía que no quisiera esclavizarse con hijos después de haber tenido que hacerse cargo de Joelle y de Noah. Además, ella no tenía intención alguna de quedarse embarazada si él no estaba de acuerdo.

—Si te preocupa tanto, te informaré cuando tenga otra vez la regla.

Cole suspiró.

—Sería magnífico. En fin, necesito que me traigas unos cuantos documentos y que archives estos informes.

Melodie tomó los papeles, salió del despacho y regresó a su mesa. Tenía el corazón partido, pero el trabajo seguía como siempre.

Capítulo 10

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Richard, frunciendo el ceño—. Hoy te estás comportando de un modo extraño.

Mel estaba comiendo con su padre en un restaurante y pensó que efectivamente estaba más callada de lo normal. La semana había sido bastante dura en la oficina. Le costaba comportarse con normalidad en presencia de Cole. Y por la noche, era incapaz de refrenar sus fantasías.

Además, y a pesar de su éxito en el caso Russell, era obvio que su posición profesional no había mejorado en absoluto.

—Estoy bien —mintió—. Es que tengo muchas cosas en las que pensar.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Ella confiaba en su padre, pero esta vez no podía compartir con él los detalles de su relación y de su ruptura con Cole.

—Es algo que tendrá que solucionarse solo, si se soluciona. No sé si me entiendes.

—Por supuesto —asintió—. Pero a pesar de los problemas que puedas tener, me alegra que vuelvas a ser la de siempre.

—¿La de siempre? —preguntó, con una sonrisa—. ¿A qué te refieres?

—Debo admitir que estaba preocupado por tus cambios. Tu corte de pelo y tu nueva ropa te quedaban muy bien, pero parece que has vuelto a ser la misma chica de siempre. Supongo que debo darle las gracias a Cole por ello.

—¿A Cole? ¿De qué estás hablando, papá?

Richard se frotó las manos con cierto nerviosismo y bajó la

cabeza.

—Tu drástico cambio de comportamiento me preocupó tanto que temí que fuera culpa de algún hombre que quisiera aprovecharse de ti. Así que le pedí a Cole que te vigilara.

Melodie no podía creerlo. Al parecer, toda situación era susceptible de empeorar.

Sin embargo, aquello explicaba el extraño comportamiento de Cole durante las últimas dos semanas. Le estaba haciendo un favor a su padre. A pesar de todo lo sucedido, seguía comportándose con ella como si fuera su responsabilidad.

—No tienes que cuidar de mí, papá, ni Cole tampoco. Vivo sola desde hace años y sé cuidarme.

—No puedo evitarlo. Me preocupo por ti y sé que podía confiar en Cole para evitar que te metieras en líos.

Mel pensó que ella controlaba bien la situación y se dijo que era Cole quien no la controlaba, al no ser capaz de asumirla y de arriesgarse. Pero sobre todo, estaba enfadada por la actitud de los dos hombres.

—Te quiero mucho, papá, pero ya no soy una niña pequeña. Sé que cuando mamá murió hiciste lo posible por criarme de la mejor forma y soy afortunada por haber contado contigo. Pero he crecido y necesito espacio. Deja que cometa errores y que aprenda con ellos.

—Tienes razón. Pero perder los instintos paternales no es tan sencillo. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Tus cambios se debieron a algún hombre?

Mel no quiso mentir.

—Sí, pero todo ha terminado.

—Lo siento.

—Yo también lo siento. Estoy segura de que te habría gustado — dijo.

Mel se levantó, tomó su bolso, le dio un beso en la mejilla y añadió:

—Tengo que regresar al despacho. Aún debo ocuparme de algunos asuntos.

Capítulo 19

Melodie entró en el despacho de Cole sin llamar siquiera, con tal gesto de acusación en la mirada que el detective se sobresaltó. Guardó el trabajo que estaba haciendo en el ordenador y se preparó para enfrentarse con ella.

Su secretaria avanzó hacia él, enfurecida, y Cole pensó que estaba increíblemente bella.

—¿Por qué no me dijiste que mi padre te pidió que me vigilaras?

—Porque no pensé que fuera necesario —respondió.

—¿Por eso, o porque no fuiste capaz de negarle ese favor? Hiciste lo que te pidió para no decepcionarlo. A pesar de que sabías lo que yo pensaba al respecto.

Cole sabía que tenía razón, aunque no habría podido darle una negativa a Richard. No quería traicionar su confianza, pero en cualquier caso, habría cuidado de ella de todas formas. Estaba en su naturaleza. Siempre intentaba proteger a las personas que quería.

—Lo siento —acertó a decir.

—De modo que solo he sido una obligación para ti, una responsabilidad como todo lo demás en tu vida...

Cole sintió remordimientos. Incapaz de soportar la tensión, se levantó y caminó hacia ella.

—Has sido mucho más que una obligación, Mel. El culpable de todo esto soy yo, no tú. No debí tocarte. Sabía cómo iban a terminar las cosas.

Ella rió.

—Oh, siempre tan noble. Me sorprende que no insistieras en casarte conmigo después de que hiciéramos el amor sin preservativo.

—Si te quedaras embarazada y quisieras, sabes que lo haría.

—No, gracias. Si se diera ese caso, sería madre soltera y por supuesto tendrías todos los derechos como padre sobre el niño. Pero jamás viviré con alguien que no siente el mismo amor que yo.

Cole se quedó sin aliento al escuchar sus palabras.

—Sí, es verdad, Cole, te amo. Pero nunca te atraparía en una situación que no quisieras vivir. Sé que tuviste una infancia dura y te admiro por tu fuerza y por haber sido capaz de hacerte cargo de toda tu familia. Sin embargo, ¿alguna vez te has parado a pensar en lo que necesitas tú?

—Tengo todo lo que podría desear —respondió, incómodo.

—¿En serio? Siempre cuidas de los demás. ¿Pero quién cuida de ti?

—¿Quién dice que necesite que me cuiden?

—Todos necesitamos que nos cuiden de vez en cuando. Incluso tú, aunque no quieras admitirlo. Yo solo quiero cuidarte. Ser tu amiga y tu amante. Nunca mencioné el matrimonio y nunca te he pedido un compromiso, pero mentiría si dijera que solo quiero una relación superficial contigo. Por eso creo que lo mejor que puedo hacer es alejarme de ti.

—No estarás hablando en serio...

—¿Y tú? ¿Realmente crees que puedo seguir como si no hubiera pasado nada entre nosotros? Esperaba que el caso Russell cambiara la opinión que tienes de mí, y no solo como amante, pero me he equivocado.

En aquel momento, Cole sintió pánico.

—Mel...

—Has dejado bien claros tus sentimientos. Al igual que yo. Yo no quiero ser una simple secretaria a quien tratas como si fuera una niña por ser la hija de Richard. Necesito seguir con mi vida. Así que me marcharé. Sin arrepentimiento alguno.

Cole no sabía qué decir.

—Sin embargo, me gustaría hacerte una pregunta —continuó ella—. ¿Te sentías atraído por mí o solo por la mujer que inventé para el caso Russell?

Pasaron varios segundos, llenos de tensión.

Cole no se sentía solo atraído por ella. La amaba. Amaba a la mujer práctica y conservadora, y también a la mujer atrevida y sexy. Pero aún no estaba preparado para confesárselo.

—No importa, no es necesario que respondas. Sea como sea, fue bonito mientras duró.

Entonces, ella se dio la vuelta y salió del despacho dejándolo a solas con un vacío que sabía que terminaría por consumirlo durante los días, semanas y meses siguientes.

Capítulo 20

—¿Qué dirías si te pidiera que vigiles a Melodie por mí? — preguntó Cole a su hermano una noche, mientras tomaban una cerveza en Murphy.

—Te diría que no. Si quieres vigilarla, hazlo tu mismo. No seas patético.

Cole pensó que era patético y que además estaba desesperado.

—Solo quiero asegurarme de que todo le va bien.

—¿A quién intentas engañar? Te sientes culpable por lo que ocurrió entre vosotros y eso es ridículo. A Melodie le va bien. Mejor que a ti. Según Joelle, no ha tenido ningún problema en encontrar trabajo en otra agencia de investigación, mientras que tú te has encerrado en tu despacho. Siempre estás distraído.

En aquel instante, Natalie se acercó para servirles dos cervezas más y un bol con cacahuetes. Mientras Noah pagaba la cuenta y coqueteaba con la camarera, Cole pensó que aquella situación le iba a provocar una úlcera.

Suspiró y se dijo que su hermano tenía razón. Desde que se había dado cuenta de la atracción que sentía por Melodie, no había conseguido controlar sus emociones. Y por haber mezclado los negocios con el placer, había perdido a la mejor secretaria que había tenido, lo que explicaba en parte su desorientación en la oficina.

Sin embargo, sabía que había perdido mucho más que una secretaria. Y ahora que se había marchado, había descubierto que la necesitaba, profesional y personalmente.

Nada era lo mismo sin ella. Ya no había comidas espontáneas, ni sonrisas, ni cartas eróticas, ni juegos de seducción. Muchas veces

caminaba sin darse cuenta hasta la recepción para discutir algún asunto con Melodie, olvidando que se había ido.

Unos días antes, le había dejado un mensaje en el contestador para informarle de que no estaba embarazada. Pero lejos de sentirse aliviado, sintió un intenso vacío.

Cuando la camarera se alejó, Cole notó que su hermano estaba muy interesado en ella.

—Ten cuidado con esa mujer. No parece del tipo de mujeres que puedes usar y tirar.

—No te preocupes por mí. Se arreglármelas con las mujeres. En cambio, tú tienes mucho que aprender.

Cole no se atrevió a discutir con su hermano. Tenía razón.

—¿Alguna vez has pensado que lo que pasó entre nuestros padres te afecta de algún modo en tu forma de establecer relaciones? —preguntó Cole.

Noah se encogió de hombros.

—Creo que el divorcio te afectó más a ti, porque eras el mayor. Además, tuviste que dedicarnos tanto esfuerzo a Joelle y a mí que no te quedó mucho tiempo para ti mismo.

—Pero ahora tengo todo el tiempo que quiero.

—Sí. Para trabajar en casa o en la oficina. O para tomarte una cerveza con algún amigo, de cuando en cuando. Pero, ¿no quieres algo más que eso?

Melodie había insinuado lo mismo muchas veces. En el pasado, habría contestado negativamente a la pregunta. Pero el tiempo que había pasado con su ex secretaria lo había cambiado para siempre.

Noah tomó un trago de cerveza, lo miró y preguntó:

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que Melodie es la mujer de tu vida?

—¿Qué?

—Yo lo sé y también lo sabe Joelle. ¿Le dijiste a Mel que la amabas antes de que se marchara?

—¿Qué te hace pensar que la amo?

—Estás tan enamorado que no puedes pensar. No te molestes en negarlo, porque la única persona que se engañaría serías tú mismo.

Entonces, Noah se levantó y recogió su cerveza.

—Piensa en los errores que has cometido y actúa antes de que nuestra hermana o yo mismo te estrangulemos.

Cole observó a Noah, que se dirigió a la barra y se sentó junto a Natalie. Volvió a dar vueltas y más vueltas a todo aquel asunto. Pero no servía de nada porque la conclusión era siempre la misma. Estaba enamorado de ella y tenía dos opciones: alejarse definitivamente o intentar que regresara a su vida y a la agencia.

La decisión era suya y supo lo que debía hacer. Ya no tenía sentido que negara sus emociones. No buscaría más excusas para justificar la distancia. Y en cuanto a Richard, tendría que aceptarlo.

Iba a salir en busca de Melodie. Y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias.

Capítulo 21

Melodie estaba tumbada en la cama, leyendo una novela romántica, cuando alguien llamó a la puerta. Miró el reloj y frunció el ceño. Casi eran las once de la noche. Pensó que podía tratarse de su padre, pero Richard no tenía la costumbre de presentarse sin llamar antes por teléfono.

Inquieta, aunque dominada por la curiosidad, se puso su bata preferida y caminó por el pasillo hacia la entrada de la casa. Cuando llegó a la puerta, se asomó a la mirilla. No vio a nadie, pero un segundo después sintió el inconfundible contacto del papel en sus pies.

Alguien acababa de introducir una nota por debajo de la puerta. Se agachó, la tomó y enseguida distinguió la letra de Cole.

Emocionada, pero sin atreverse todavía a sacar conclusiones, la leyó:

Nunca supe que la vida pudiera ser tan excitante hasta que te conocí. Negar el placer y el éxtasis que compartimos no tendría sentido. Ahora nada es lo mismo. Dame otra oportunidad.

Solo quiero estar contigo. Estás presente en mis pensamientos, en mis sueños, en mis fantasías y no soy capaz de escapar de mi deseo por ti. Quiero besarte, abrazarte, amarte. Dame otra oportunidad.

Estoy loco por ti. Para mí no hay otra mujer y juro por mi honor que no la habrá nunca. Si estás dispuesta a concederme otra oportunidad, abre la puerta y permite que vuelva a entrar en tu vida.

Estremecida, Melodie apretó la carta contra su pecho. Había llegado a convencerse de que nunca volvería a verlo y sin embargo estaba allí, abriéndole su corazón, pidiéndole que le concediera otra

oportunidad.

Su respuesta fue inmediata: abrió la puerta. Volver a dar la bienvenida a Cole no fue difícil, porque lo amaba. En este caso, su honor y su integridad eran una virtud: sabía que podía confiar en él, plenamente.

Cole estaba de pie en la entrada, con el pelo revuelto y barba de dos días. Al verla, sonrió.

—Discúlpame. No soy buen poeta —dijo.

Mel tuvo que controlarse para no abrazarlo allí mismo y cubrirlo de besos. Aquella nota le había parecido más elocuente que el mejor de los sonetos de Shakespeare.

—Tu nota dice todo lo que necesitaba oír.

—No todo. Tengo que decirte algo más.

Cole entró en la casa. Ella cerró la puerta a sus espaldas y lo llevó hacia el salón.

—¿Tengo que sentarme?

Él sonrió.

—No, creo que puedes oírlo de pie. Pero tendrás que perdonarme, porque todo es nuevo para mí y es posible que no me exprese con claridad.

—Si es necesario, te ayudaré.

Cole se acercó a ella y le apartó un mechón de la cara.

—Lo sé. Pero en primer lugar, no estoy aquí ni por obligación ni por un sentido mal entendido de la responsabilidad. Estoy aquí porque quiero estar aquí.

Ella se estremeció y se cerró el cuello de la bata.

—No lo dudo.

—En segundo lugar, nunca respondí a la pregunta que me hiciste en mi despacho. Me preguntaste si me sentía atraído por ti o por la mujer que creaste para el caso Russell... Pues bien, quiero a la mujer que fuiste y a la que eres ahora. Tu inteligencia y tu dulzura se ganaron mi corazón, y tu espontaneidad y confianza me excitan. A

pesar de la ropa y de los cambios que decidas hacer, siempre me sentiré atraído por ti.

Melodie se sentía tan feliz que quiso decir algo, pero él continuó hablando.

—No hay nada falso ni pretencioso en ti. Eres real y sincera y tienes la habilidad de despertar mis emociones y hacerme sentir. Te entregas sin pedir nada a cambio y eso algo que jamás había experimentado. Eres más de lo que merezco. Y aunque tengo miedo de lo que siento, no puedo dejarte marchar.

Mel se mordió un labio y dijo:

—Tomaré lo que puedas darme, Cole. Sin presiones, sin exigencias. Nos daremos tiempo y veremos a dónde nos llevan nuestros pasos.

—Me gustaría que las cosas fueran despacio, pero no necesito más tiempo para saber que te amo. Eso no cambiará.

—¿Me amas? —preguntó, asombrada.

—Sí, te amo —respondió, devorándola con los ojos—. Adoro tu risa y tu boca, tu aroma, tu sabor y tu naturalidad conmigo. Adoro todo en ti.

Los ojos de Mel se llenaron de lágrimas.

—Yo también te amo.

—Soy un hombre muy afortunado —dijo, tomando su cara entre las manos—. Dame otra oportunidad, Mel.

—Por supuesto que sí. Hablaba en serio cuando dije que no me cansaría de ti.

Él rió y la miró con malicia.

—Me encargaré de que cumplas esa promesa.

—¿Quieres que la cumplamos aquí, ahora?

—Sí.

Entonces, le quitó la bata, acarició sus senos y bajó hacia su estómago. La sensación de volver a tocarla era como pisar el cielo. Ella lo ayudó a desnudarse y estaban tan dominados por el deseo que

apenas pudieron llegar al sofá del salón.

Cole se tumbó sobre ella y entró en su cuerpo con tanta fuerza que ella se estremeció, sorprendida. Después, la abrazó e introdujo la cabeza entre su cabello, sin soltarla ni un segundo.

—Te he echado mucho de menos...

—¿De verdad? —preguntó ella.

—Por mucho que me cueste admitirlo, sí.

Cole la miró en aquel momento y añadió, en tono de broma:

—Además, necesito que vuelva mi secretaria.

Melodie se quedó boquiabierta y él volvió a hablar en serio.

—Te he echado de menos, pero también es cierto que te necesito en la oficina. Estaba pensando que tal vez te gustaría ser socia mía en algunos casos. Te aseguro que te pagaré bien.

—No necesito dinero para hacer lo que quiero hacer.

—Entonces, podemos llegar a otro tipo de acuerdo. Tus servicios, a cambio de los míos. ¿Qué te parece?

—Trato hecho —dijo ella—. Pero, ¿qué hay de mi padre?

—Bueno, no me parece que este sea el momento más oportuno para hablar de eso. A menos que quieras romper la magia del instante...

Ella rió con suavidad.

—Tienes razón, pero tendremos que hablar con él en algún momento. Merece saber lo nuestro. Y creo que debes decírselo tú.

—Lo sé y hablaré con él. Pero ahora, solo quiero estar contigo y disfrutar del placer del reencuentro.

Melodie suspiró y todos los pensamientos desaparecieron entre los besos y las caricias, mientras Cole tentaba su cuerpo y sus sentidos, seduciéndola tal y como ella lo había seducido desde el principio.

Epílogo

—Melodie, ¿podrías venir a mi despacho, por favor?

Cole desconectó el intercomunicador y esperó a que su secretaria entrara en la sala. Mel llegó en menos de un minuto, con una atractiva falda que siempre despertaba en él todo tipo de ideas. Por suerte, eran las seis de la tarde. Noah y Joelle ya se habían marchado y ellos estaban solos.

Llevaban saliendo juntos tres meses y no podía imaginarse con ninguna otra mujer. Melodie era perfecta para él en todos los sentidos, intelectual y físicamente. Era su igual.

Nunca había pensado que la vida pudiera ser tan rica y tan maravillosa, y no dejaba de asombrarse de que todos aquellos cambios se hubieran producido solo por ella. Además, y por increíble que le pareciera, ella lo quería tal como era.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Te quiero a ti.

Ella lo miró con deseo y sonrió. Rodeó el escritorio, se sentó en su regazo, pasó los brazos alrededor de su cuello y lo besó apasionadamente. Cole sabía que aquellos encuentros terminaban siempre de un modo bastante erótico, de modo que la apartó para no arrojarla sobre la mesa y hacerle el amor.

Mel suspiró y acarició su cabello.

—Los beneficios van cada día mejor —comentó ella.

Cole rió.

—Me alegra que lo pienses. Y hablando de beneficios, te has ganado un premio por un trabajo bien hecho.

—Cole...

—No digas nada. No rechaces el premio sin saber de qué se trata...

Entonces, Cole abrió un cajón del escritorio y sacó una caja tapizada en terciopelo. Melodie gimió cuando vio que contenía un anillo con un solitario de diamante.

—Cásate conmigo, Melodie.

Los ojos de Mel se llenaron de lágrimas.

—¿Que me case contigo?

De repente, Cole sintió pánico.

—Nunca pensé que pudiera amar tanto a una persona. Y quiero todo lo que rodea al amor. Quiero el compromiso, quiero vivir contigo bajo el mismo techo y despertarme a tu lado cada mañana.

—¿Y qué hay de tener familia? — preguntó, con cautela.

Él sabía que Mel deseaba tener hijos y también sabía que en algún momento tendrían que afrontar la cuestión. De modo que lo había pensado largo y tendido durante las dos últimas semanas y creía que estaba preparado para responder a esa pregunta.

—Sí, también tendremos una familia. Tener un hijo contigo sería maravilloso. ¿Y sabes una cosa? Le he pedido tu mano a tu padre. Me dio sus bendiciones y dijo que ya es hora de que nos casemos.

Los temores de Cole hacia Richard habían demostrado carecer de fundamento. Tres meses atrás, cuando se acercó a su viejo amigo, estaba muy nervioso.

Temía que se enojara cuando le confesara su amor por Melodie, pero Richard no podría haber reaccionado con más alegría.

Melodie rió entre lágrimas.

—Oh, Cole, esto es mucho más de lo que esperaba.

—Es lo que mereces —dijo, mientras le ponía el anillo en un dedo—. Cásate conmigo, Melodie, y haz de mí un buen hombre.

Mel se limitó a susurrar una sola palabra: Sí. Pero bastó para que Cole sintiera que su mundo estaba, por fin, completo.

Fin